



Fedor Dostoyevski

Diario de un Escritor

INDICE

PRÓLOGO Una pluma torrentosa	
ALGO PERSONAL (187)	1
Yo.....	2
Cultura	5
Cultura y vida.....	57
Evolución del niño.....	98
Padres e hijos.....	102
Las injurias de mis enemigos.....	12
Riqueza	129
A mis críticos.....	11
Veneración.....	144
CARTAS DE DOSTOIEVSKI	152
SOBRE EL IDIOTA	174
SOBRE DEMONIOS.....	192
SOBRE EL ADOLESCENTE.....	206
SOBRE LOS HERMANOS KARAMAZOV	210

ALGO PERSONAL (187)

Más de una vez me han instado a escribir mis memorias literarias. No sé; quizás escribiéndolas me erigiría un monumento de gloria. Pero es triste recordar; a mí, en general, no me gustan los

recuerdos. Pero algunos episodios de mi carrera literaria suelen representarse en mi imaginación con fidelidad extraordinaria, no obstante lo débil del recuerdo. He aquí, por ejemplo, una anécdota:

Una vez, cierta mañana de primavera, fui a visitar al difunto Yegor Petróvich Kovalevski. A él le gustaba mucho mi novela Crimen y castigo, que por aquel entonces se estaba publicando en El Mensajero Ruso. Me habló con caluroso elogio de ella y me citó unas palabras, muy estimadas para mí, de una persona cuyo nombre no recuerdo. En aquel instante entraron en la sala, uno después de otro, dos directores de periódicos. Uno de estos periódicos llegó luego a tener un número de suscriptores como ninguno lo tuvo aquí nunca; pero entonces estaba en sus comienzos. El otro, por el contrario, ejercía un influjo notable en la literatura y la opinión. Pues bien: con el director de este periódico pasamos a otra habitación y nos quedamos solos.

Sin mencionar su nombre, diré únicamente que mi primer encuentro con él en la vida fue sumamente afectuoso, dejándome eterno recuerdo. Puede que a él también le suceda lo mismo. Luego tuvimos muchas divergencias. Al volver yo de Siberia, nos vimos ya muy rara vez; pero en cierta ocasión me dijo, de pasada, unas palabras muy encendidas, dedicándome también una alusión en unos versos, quizá los mejores que haya escrito. Añadiré que, por su facha y sus costumbres, nadie parecía menos que él un poeta y, por si fuera poco, de los que sufren. Sin embargo, era uno de los más apasionados, sombríos y sufrientes de nuestros poetas.

—Mire: nosotros lo hemos atacado a usted

—me dijo (es decir, en su periódico, a propósito de Crimen y castigo).

—Lo sé —le respondí.

—¿Y sabe usted por qué?

—Probablemente, por cuestión de principios.

—Por Chernischevski.

Yo me quedé estupefacto.

—N. N., el autor de esa crítica —prosiguió el director—, me dijo así: «Su novela es

buena; pero, como en una obra, hace dos años, no tuvo reparo en meterse con los pobres deportados y caricaturizarlos, pues ahora voy yo a meterme con su novela».

—¿De modo que todo se debe a ese estúpido chisme a propósito de El cocodrilo?.

—exclamé, después de recapacitar un momento—. Pero ¿es que usted también se ha creído eso? ¿Ha leído usted esa novelita mía El cocodrilo?.

—No, no la he leído.

—Pues sepa usted que todo eso es una mentira, la mentira más vil que puede concebirse. Porque se necesita tener todo el talento y toda la intuición poética para leer en esa novela, entre renglones, semejante alegoría cívica, y, además, contra Chernischevski. ¡Si usted supiera qué interpretación tan estúpida! Pero, a pesar de todo, ¡nunca me perdonaré no haber protestado hace dos años contra esa infame calumnia, cuando empezó a difundirse!

Esa conversación mía con el editor de un periódico hace ya tiempo desaparecido tuvo lugar hace siete años, y hasta ahora yo no he protestado contra la referida calumnia: unas veces no me acordaba, otras no tenía tiempo. A todo esto, esa bajeza que me atribuían se quedó grabada en la memoria de algunas personas como un hecho indudable, corrió por las revistas literarias, trascendió al público y me ocasionó más de un disgusto. Ahora llegó el momento de decir acerca de eso aunque sólo sean unas palabras, tanto más cuanto que ahora es oportuno; y, aunque no pueda aducir pruebas, refutar una calumnia es también en alto grado probatorio. Con mi largo silencio e indolencia he parecido, hasta ahora, confirmarla.

Conocí a Nikolai Gravrilovich

Chernischevski en el año cincuenta y nueve, el primero de mi regreso de Siberia, no recuerdo dónde ni cómo. Después nos vimos alguna que otra vez, no con frecuencia, y hablamos, pero muy poco. Aunque siempre, eso sí, nos dábamos la mano. Herzen me dijo que Chernischevski le había producido pésima impresión, es decir, su facha y sus modales.

A mí, la facha y los modales de Chernischevski me resultaron simpáticos.

Una mañana encontré en la puerta de mi cuarto, en el tirador, una de las proclamas más notables de cuantas se publicaban por entonces, y eso que eran bastantes. Se titulaba: "A la joven generación." No podía concebirse nada más estúpido. Su texto resultaba desconcertante, en la forma más ridícula que sus autores hubieran podido idear. ¡Como para matarlos! Yo me llevé un disgusto horrible y estuve triste todo aquel día. Todo esto era aún tan nuevo, que hasta habría sido difícil descubrir a aquellas gentes. Difícil, porque no se podía creer que debajo de todo ese alboroto se escondiese tal insignificancia.

Pues bien: yo, que hacía ya mucho tiempo que no estaba de acuerdo ni con esa gente ni con la tendencia del movimiento, me llevé un gran disgusto y casi me abochorné de su torpeza. «¿Por qué harán las cosas de una manera tan estúpida?». ¿Qué me importaba a mí, después de todo? Y, sin embargo, lamentaba su fiasco. De los que repartían aquellas proclamas no conocía a ninguno ni los conozco hasta hoy; pero, por eso mismo, me apenaba el que ese fenómeno no se me manifestase como el hecho aislado, estúpido, de personas con las que no se tiene nada que ver. Allí abrumaba un hecho: el nivel de cultura, de ilustración y de cierta comprensión de la realidad sofocaba terriblemente. No obstante llevar yo ya tres años viviendo en Petersburgo y de observar otros fenómenos, la proclama que hallé aquella mañana me dejó atónito, me pareció como una inesperada revelación: ¡nunca hasta ese día pude suponer tal vacuidad! Al atardecer se me ocurrió la idea de ir a buscar datos a la casa de Chernischevski. Nunca hasta entonces había puesto ni pensado poner los pies en su casa, lo mismo que a él le pasaba conmigo.

Recuerdo que eran las cinco de la tarde. Hallé a Nikolai Gravrilovich enteramente solo, pues no estaban ni siquiera las criadas; salió a abrirme él en persona. Me recibió con extraordinario alborozo y me condujo a su despacho.

Él tomó la proclama como algo desde todo punto conocido y la leyó. Eran sólo diez

líneas.

—Bueno; ¿y qué? —preguntó con leve sonrisa.

—¿Es posible que sean tan estúpidos y tan ridículos? ¿No se les puede contener y evitar esta bajeza?

Con mucha ponderación y gravedad me respondió:

—Pero ¿usted supone que yo me solidarizo con ellos, y me cree capaz de haber colaborado en la redacción de esta hoja?

—¡Cómo iba a suponerlo! —le contesté—.

Ni siquiera considero necesario asegurárselo a usted. Pero, de todos modos, hay que contenerlos, sea como fuere. Su palabra pesa mucho en su ánimo y, sin duda, temen su opinión.

—Yo no conozco a ninguno de ellos.

—También estoy seguro de que así es.

Pero es que no hace falta conocerlos ni hablar personalmente con ellos. Basta que usted tenga frases condenatorias para su conducta, en algún sitio, y que llegue a sus oídos.

—Puede que no surta efecto. Además, esas manifestaciones son ineludibles como hechos secundarios.

—Y, sin embargo, a todo y a todos nos perjudican.

En aquel instante llamó a la puerta otro visitante, no recuerdo quién. Yo me retiré.

Considero un deber mencionar que le hablé sinceramente a Chernischevski, y no dudé por un momento, como tampoco dudo ahora, de que no fuese solidario con los repartidores de aquellas proclamas. Me pareció que a Nikolai Gravrilovich no le había desagradado mi visita; unos días después me lo confirmó así él mismo, yendo a visitarme a mi casa. Permaneció conmigo una hora, y confieso que pocas veces he visto hombre más amable y cordial, tanto, que me chocó que pudieran decir de él que tenía un carácter huraño e insociable. Comprendí de sobra que deseaba tratar conmigo y recuerdo que eso me halagaba. Luego de eso fui yo a verlo a su casa y él me pagó otra vez la visita. Poco después, las circunstancias me obligaron a trasladarme a Moscú, donde estuve nueve meses. De modo que la naciente amistad quedó truncada. Aquel invierno lo detuvieron

y deportaron. Nadie pudo saber nunca por qué; yo tampoco.

Año y medio más tarde se me ocurrió escribir un cuento fantástico, algo así como una imitación de La nariz, de Gogol. Nunca había yo, hasta entonces, probado fortuna en el género fantástico. Fue aquella una travesura literaria, solamente para hacer reír. Ideé, efectivamente, unas cuantas situaciones cómicas, que luego se me antojó desarrollar. Aunque no valga la pena, contaré el argumento, para que se vea lo que después sacaron de él. Por aquel tiempo, un alemán exhibía un cocodrilo en el Pasaje, a tanto la entrada. Un funcionario petersburgués, en vísperas de emprender un viaje al extranjero, va al Pasaje, en unión de su joven esposa y de un amigo inseparable, a ver el cocodrilo. El referido funcionario es hombre de clase media, pero de esos que tienen algún dinero; joven todavía, pero comido de amor propio; ante todo, un imbécil, como aquel inolvidable mayor Kovález, que había perdido la nariz. Cómicamente convencido de sus grandes aptitudes, de una cultura a medias, se considera poco menos que un genio; pasa en su ministerio por el hombre más inútil del mundo, y a cada paso lo están ofendiendo con la general desatención. Para desquitarse de eso, tiraniza a su débil amigo, que lo odia pero lo aguanta por esta enamorado en secreto de su mujer. En el Pasaje, en tanto esa damisela, jovencita y bonita se entretiene mirando un mono que se exhibe a la par que el cocodrilo, su genial consorte hostiga al reptil, que hasta entonces estuvo muy quietito y tumbado como un tronco, hasta que, de pronto, abre las fauces y se engulle, todo entero, al funcionario. No tarda en averiguarse que el gran hombre no ha padecido daño alguno; por el contrario, con la tozudez que le caracteriza, anuncia desde el interior del cocodrilo que se encuentra allí muy bien. Su mujer y el amigo van a ver a sus superiores, para tratar su liberación. A este fin, se estima imprescindible matar al cocodrilo y sacarle de su seno al gran hombre; pero para eso hay que indemnizar al alemán dueño del reptil. Este,

al principio, hace manifestaciones de disgusto y desesperación ante la perspectiva de que su cocodrilo vaya a morir por haberse tragado al funcionario entero; pero al punto comprende que el engullido miembro de la burocracia petersburguesa, que continúa en el reino de los vivos, puede ser para él un éxito, en lo sucesivo, ante los públicos de Europa. Pide por el cocodrilo una suma enorme y, además, el grado de coronel del ejército ruso. De modo que los superiores del funcionario se ven en un aprieto bastante grande, pues es el primer caso de esa índole en que entiende el ministerio, y no tiene precedentes. Sospechan también si no se habrá metido el propio funcionario en las fauces del cocodrilo por efecto de alguna tendencia prohibida, liberal. A todo esto, su esposa empieza a caer en la cuenta de que su situación, parecida a la de una viuda., no está exenta de interés. El engullido funcionario le explica entre tanto a su amigo que prefiere, sin ningún tipo de duda, continuar dentro del cocodrilo a reintegrarse al servicio, porque ahora, sin hacer nada, llama la atención de todo el mundo, cosa que de otra manera nunca habría logrado. Insiste para que su mujer organice unas veladas, y a esas veladas lo lleven a él dentro del cocodrilo metido en un cajón. Está seguro de que a las referidas veladas asistirán todo Petersburgo y todos los dignatarios del Estado, con objeto de ver el nuevo fenómeno. Con lo que está convencido de salir ganando. «Les cantaré las verdades, les daré consejos a los políticos y luciré mi ingenio delante del ministro», dice, teniéndose ya por hombre del otro mundo y con derecho a dar consejos y dictar fallos. A la prudente, pero venenosa pregunta del amigo: «Pero ¿y si a consecuencia de algún proceso, que es de esperar, te vieses envuelto en complicaciones imprevistas?», responde el gran hombre que ya ha pensado en ello, pero que con todas sus fuerzas se opondrá a ese fenómeno, muy posible según las leyes de la naturaleza. Su mujer, sin embargo, se niega a organizar veladas con ese objeto, no obstante agradarle la idea. «¿Cómo voy a hacer que me lleven a casa a

mi marido en una caja?»), dice. Además, cada vez se encuentra más a gusto en aquella situación de casi viuda. Está de moda; despierta interés general. El jefe de su marido va a verla y juega con ella a las cartas... He aquí la primera parte de ese cuento jocoso... No termina. Algún día lo remataré, aunque ya se me ha olvidado, y tendría que volver a leerlo para recordarlo. Véase ahora lo que de aquí sacaron. No bien apareció el referido cuento en la revista La Época, cuando de pronto, La Voz, en su folletín, salió con una observación extraña. No la recuerdo literalmente, y habría que revolver mucho para comprobarlo; pero la idea venía a ser esta, poco más o menos: «En vano, el autor de El cocodrilo emprende ese rumbo, que no ha de reportarle honra ni provecho», etc. Luego, algunas frases nebulosas y casuísticas. Yo leí aquello de una ojeada, sin comprenderlo; sólo vi que respiraba hiél, ignorando la causa. Aquel nebuloso ataque del referido folletín no podía, naturalmente, perjudicarme; quienes lo leyeran se quedarían también en ayunas, lo mismo que yo. Pero de pronto, una semana después, N. N. S. me dijo: «¿No sabe usted lo que creen? Pues están convencidos de que Cocodrilo es una alegoría, la historia del deportado Chernischevski, y que usted ha querido ponerlo en ridículo». Y aunque me asombré bastante, no sentí gran inquietud. ¡Cuántas suposiciones no se hacen por el estilo! Aquella me pareció una opinión suelta y afectada, incapaz de hallar crédito, y estimé desde todo punto de vista, innecesario protestar. Nunca me lo perdonaré, porque esa opinión se abrió paso. Yo, por lo demás, sigo estando convencido de que en eso no medió la calumnia, porque ¿con qué motivo? Yo no he reñido con ningún compañero de letras, por lo menos, en serio. Ahora, en este instante, hablo por segunda vez de mí mismo en veintisiete años de actuación literaria. Allí no hubo más que ceguera, ceguera malhumorada, quisquillosa, anidada en algún cerebro tendencioso. Estoy seguro de que ese talento aún persiste en su error y cree que yo quise burlarme del desventurado

Chernischevski. Así como también lo estoy de que serían inútiles cuantas explicaciones le diera para hacerle cambiar de opinión. Pero no importa: es una cabeza muy sesuda. ¡En qué consistía la alegoría! Sí, desde luego... el cocodrilo representaba a Siberia...; el aturdido y engreído funcionario..., a Chernischevski. Se lo engulle el cocodrilo y sigue abrigando la ilusión de darle lecciones a todo el mundo. El amigo sin carácter, sobre el que ejerce despotismo..., todos los amigos que tenía aquí Chernischevski. La bonita, pero necia mujer del funcionario, tan lisonjeada por su situación de casi viuda... pues... Pero ¡esto es ya tan puerco, que no quiero mancharme y proseguir la explicación de la alegoría! (Y, sin embargo, esta halló crédito, y precisamente lo halló por esta última alusión: tengo de ello pruebas irrefutables.)

Es decir, supusieron que yo, que también había sido deportado y presidiario, me alegraba de la deportación de otro desdichado; y no sólo eso, sino que tomaba de ahí pie para escribir una historia chistosa. Pero ¿dónde estaba la prueba? En la alegoría. Pero denme lo que quieran: Las memorias de un loco, la Oda a Dios, los versos de Fet, lo que quieran, y yo les demostraré, con sólo los diez primeros versos que ustedes mismos me indiquen, que aquello es una alegoría de la guerra francoprusiana o un libelo contra el actor Gorbúnov; es decir, lo que quieran, lo que manden. Recuerden ustedes cómo antaño, a fines del año cuarenta, el censor examinaba todos los manuscritos, pues no había renglón ni tilde donde no creyera ver alguna alusión a algo. Mejor sería aducir algo de toda mi vida como prueba de que soy un malvado y despiadado libelista y que de mí pueden esperarse esas cosas.

Precisamente, esa precipitación y ligereza en sacar conclusiones indemostradas atestiguan, por el contrario, cierta ruindad de alma de los mismos acusadores, la grosería e inhumanidad de sus ideas. En este particular, ni las más ingenuas suposiciones son disculpables. ¡Cómo! También se puede ser ingenuamente ruin.

¿Es posible que yo le profesase a

Chernischevski un odio personal? Para prevenir tal inculpación, ya referí antes nuestro breve y cordial trato. Dirán que eso no importa y que yo le odiaba en secreto. Pero que digan las razones de ese odio, si es que pueden aducirlas. No había ninguna. Por otra parte, estoy seguro de que el propio Chernischevski confirmaría la exactitud de mi relato referente a nuestro conocimiento, si alguien se lo leyese. ¡Y ojalá permitiera Dios que pudiera hacerlo! Con tanto fervor se lo deseo, como piedad tuve y ¡tengo de su desgracia.

Pero ¿odiar por cuestión de ideas, es posible?

¡Cómo! Pero ¡si Chernischevski no me ofendió nunca con sus ideas! ¡Se puede estimar mucho a una persona y discrepar radicalmente con ella en cuanto a sus ideas! Aquí, por lo demás, puedo hablar con algún fundamento y j aducir alguna prueba. En uno de los últimos números de La Época que, por entonces suspendió su publicación, apareció un gran artículo crítico acerca de la célebre novela de Chernischevski ¿Qué hacer? Era un artículo notable, salido de pluma conocida. ¿Y qué? Pues en él se le rindió el debido tributo al talento de Chernischevski. De su novela especialmente se hablaba muy calurosamente. De su descollante talento nadie dudó nunca. Sólo se hablaba en nuestro artículo de las peculiaridades y desviaciones de ese talento; pero la misma seriedad con que estaba escrito atestigua también el aprecio de nuestro crítico por las dotes del autor estudiado. Ahora convengan en una cosa: de haberle tenido yo odio a Chernischevski por cuestión de ideas, no habría permitido la publicación en mi revista de un artículo en el que hablaba de él con el debido respeto, porque el director de La Época era yo.

Siento mucho haber tenido que hablar esta vez de mí. He ahí lo que se llama escribir evocaciones literarias; nunca las escribo. Lamento mucho haberlo empachado al lector; pero escribo un diario, un diario —hasta cierto punto— de mis impresiones personales, y al recordar, no ha mucho, una impresión literaria, hubo de ocurrírseme

impensadamente y por asociación de ideas esta otra anécdota, olvidada, de mi olvidado Cocodrilo.

Yo

Con completo realismo, buscar en el hombre al hombre. Este es un rasgo absolutamente ruso, y en este sentido soy ya naturalmente pueblo (pues mi orientación responde a la hondura del espíritu cristiano del pueblo), no obstante ser desconocido para el actual pueblo ruso... En el futuro ya me conocerá. Me llaman psicólogo. Eso no es exacto. Sólo soy un realista en el sentido superior, es decir, muestro todas las honduras del alma humana.

CUADRITOS (187)

I

Verano, polvo y calor, calor y polvo. Se hace cuesta arriba quedarse en la ciudad. Todos emigran. Dentro de unos días habrá que leerse los originales acumulados en la redacción... Pero dejemos los originales para después, aunque hay que decir de ellos. Ansio aire, libertad, y en vez de eso, tienes que estar aquí solo, dando vueltas sin rumbo por calles y paseos, llenos de arena y yeso, y te sientes como ofendido. Sabido es que la mitad del dolor se nos pasa en cuanto tenemos alguien a quien echarle la culpa, siendo lo más triste que no haya a quien culpar.

Por unos días he estado cruzando la avenida Pevski Prospek, de la parte del sol a la de la sombra. Sabido es que uno atraviesa la Pevski Prospek con precaución para que no lo atropellen. Te adelantas, miras bien a un lado y a otro, aguardas un instante antes de lanzarte por el peligroso camino, y esperas a que se aclaren un poco las dos o tres filas de coches que, unos tras otros, desfilan. En invierno, dos o tres días antes de Navidad, por ejemplo, es sumamente interesante cruzar; se corre un gran riesgo, sobre todo cuando una niebla blanca y glacial se cierne sobre la población desde el amanecer, de modo que no ves a nadie a tres pasos de distancia.

He aquí que te escurres, como Dios te da a entender, por delante de la primera fila de coches que se aglomeran por la parte del puente Politsesi, y celebras no tenerles ya miedo; relinchos, cascabeleos y vozarrones de conductores quedan a tu espalda; pero no hay, sin embargo, margen para la alegría; no has hecho más que atravesar la mitad del peligroso paso, y más adelante te aguardan más peligro y plena incertidumbre. Giras rápida e inquieta la mirada en torno, y a toda prisa evalúas el modo de deslizarte ante la segunda fila de coches que se agolpan por la parte del puente Anichkov. Pero sientes que ni siquiera tienes tiempo para pensarlo y, además, hay que contar con esa infernal niebla; sólo se oyen ruidos de cascos y gritos, pero no se ve nada. Cuando he aquí que, de pronto, se perciben de entre la niebla rápidos, frecuentes, cada vez más próximos, unos ruidos tremendos, muy parecidos al alboroto que armarían seis o siete hombres que con sendos palos estuviesen machacando coles en una cuba. ¿Adonde ir? ¿Atrás o adelante? ¿Tendré tiempo o no lo tendré? Y gracias que no te moviste; de entre la niebla, a la distancia de un único paso, se destaca el hocico húmedo de un corcel que alienta echando vaharadas, y que corre con la misma velocidad que el tren correo; espuma en la boca, alargados los lomos, y las patas vigorosas, rojas, midiendo acompasada y uniformemente el suelo. Un momento, un grito desesperado del cochero, y todo desapareció y pasó al vuelo de una niebla a otra: el ruido de los cascos y los gritos, todo volvió a desvanecerse como una visión. Verdaderamente, como una visión petersburguesa. Te santiguas, y, casi despreciando ya aquella segunda fila de coches que tanto te asustara hace un momento, llegas a la anhelada acera, temblando todavía de la emoción, y cosa rara, sintiendo al mismo tiempo, sin saber por qué, cierta satisfacción, y no precisamente por haber vencido el peligro, sino por haberlo corrido. Satisfacción retrógrada, no lo discuto y, además, en estos términos, enteramente inútil, tanto más cuanto que, por el contrario, habría que

protestar y no experimentar satisfacción, porque el caballo no tiene nada de liberal, sino que recuerda a los húsares o a los tenderos que se divierten y, por tanto, la desigualdad, el poder, la tiranía, etc. Lo sé y no lo discuto; pero ahora lo que quiero es terminar. Pues bien: hace unos días, con las precauciones propias del invierno, atravesé la Pevski Prospek, y de pronto, despertando de mi ensimismamiento, me detuve, pasmado, en la mitad; no había por allí nadie, ni un solo coche. El lugar estaba desierto, de modo que podías detenerte allí y ponerte a discurrir con un amigo acerca de la literatura rusa. A tal punto no había riesgo. Aquello resultaba hasta ofensivo. ¿Cuándo se vio tal cosa? Polvo y calor, olores sorprendentes, el pavimento echando lumbre y casas en obras. Cada vez se reforman más las fachadas en orden a la novedad, al chic, a lo característico. Me maravilla esta arquitectura de nuestro tiempo. Y, en general, la arquitectura de Petersburgo es toda ella sumamente característica y original y siempre me causó impresión, precisamente por expresar toda su falta de carácter y de personalidad, en todo el tiempo que hace que existe. De característico en sentido estricto, de particular, puede que no tenga más que esas casuchas de madera, alternando con edificios enormes, y eso en las calles más lujosas, y que chocan al verlas, cual montones de leña, al lado de marmóreos palacios. En lo que se refiere a los palacios, son ellos los que más delatan precisamente la falta de una idea característica, todo lo negativo del período petersburgués, desde el principio hasta el fin. En este sentido, no hay ciudad que iguale a Petersburgo; en el terreno arquitectónico es el reflejo de todas las arquitecturas del mundo, de todos los períodos y modas; todo lo fue copiando por turno y todo lo hizo suyo. En estos edificios, lo mismo que en un libro, vas leyendo todas las ideas, regular o súbitamente llegadas aquí de Europa, y que gradualmente nos fueron dominando e invadiendo. Ahí tienes la impersonal arquitectura de todas las iglesias del pasado siglo, y ahí tienes también la época del Renacimiento y el tipo, rebuscado

como por un tono arquitectónico en el pasado Imperio, del antiguo estilo bizantino. Y mira luego algunos edificios de hospitales, institutos y hasta palacios de los diez primeros años de este siglo, según el estilo de la época de Napoleón I, enorme, seudocolosal y tedioso hasta lo increíble, algo ideado y fraguado entonces adrede para expresar la grandeza de la nueva era, y de la inaudita distancia, que aspiraba a lo infinito. Mira luego las casas o, mejor dicho, los palacios de algunas de nuestras familias nobles, sobre todo de los últimos tiempos. Ahí ya se nota el estilo de los palacetes italianos o el estilo francés, no enteramente puro, de antes de la Revolución. Pero allí, en esos palacios venecianos o romanos, han pasado su vida generaciones enteras de antiguos linajes, unas tras otras, al correr de los siglos. Mientras que nuestros palacios sólo datan de la época del segundo Imperio, aunque parecen tener pretensiones de seculares; demasiado recio y firme parecía entonces el régimen, que ya se resentía de cansancio, y en la forma de estos palacios se trasluce la fe en él; también el siglo se disponía a morir. Todo esto sucedía, sin embargo, en vísperas de la guerra de Crimea, y también, por tanto, de la emancipación de los campesinos. A mí me dará mucha pena si alguna vez, en alguno de estos palacios, leo la muestra de algún restaurante con jardín de recreos o de algún hotel francés para viajeros. Finalmente, ahí tienes la arquitectura de nuestras enormes fondas contemporáneas, que delata ya espíritu práctico, norteamericanismo: centenares de habitaciones, enorme empresa industrial; inmediatamente se ve que también nosotros tenemos ferrocarril, y que de pronto nos hemos vuelto prácticos. Pero ahora, ahora... En verdad que no sabes cómo definir nuestra arquitectura actual. Es ese un revoltijo llevado a cabo, por lo demás, conscientemente, del presente momento. Muchedumbre de casas inmensamente altas (altas, sobre todo) para alquilar, construidas, según dicen, de muros muy delgados y con mucha tacañería en todo; con fachadas de una arquitectura desconcertante.

Por lo demás, yo no soy ningún folletinista petersburgués, y no era mi intención hablar de nada de esto. Empecé por los originales de la redacción y luego me pasé a otro asunto.

II

Polvo y calor. Dicen que para los que se quedan en Petersburgo, hay abiertos algunos jardines y establecimientos de recreo donde pueden respirar aire fresco. No sé si se podrá allí respirar, pues nunca estuve en ellos. En Petersburgo se está mejor, más sofocado, más triste. Paseas, esparces la vista, solo, solito... Y eso es preferible al aire fresco de los jardines de recreo petersburgueses.

Además, en la ciudad descubres de pronto cantidad de jardines allí donde menos lo esperas. Casi a cada paso te encuentras ahora, en la puerta de cualquier casa, a veces puesto allí con yeso y ladrillos, este letrero: «Paso al jardín del restaurante». Allí, en el patio, delante de un viejo pabellón, cuarenta años antes cercado por una empalizada, un espacio de diez pasos de largo por cinco de ancho. «Ese es ahora el jardín del restaurante», dirás. ¿Por qué Petersburgo estará más triste los domingos que los días de trabajo? ¿Será por el vodka? ¿Por los borrachos?

A mí, el griterío de la gente que trabaja no me molesta, y ahora que me he quedado en Petersburgo, estoy ya acostumbrado a ella, y eso que antes me ponía furioso. Los días de fiesta andan por las calles los borrachos en pandilla, atrepellan y empujan a la gente, no por maldad, sino porque un borracho no tiene más remedio que atropellar y empujar; despotrican en voz alta, delante de los niños y señoras, a cuyo lado pasan, no por insolencia, sino porque el borracho no puede emplear más que ese feo lenguaje. Lenguaje es precisamente, y todo un lenguaje, de lo que pude convencerme no hace mucho; lenguaje oportuno y original, el más propio, no ya para un borracho sino hasta para quien sólo empieza a estar achispado, de modo que no tiene más remedio que manifestarse en tales casos, y si no lo hubiera habría que inventarlo. No se crea que hablo en broma. Juzguen ustedes mismos: sabido es que en la borrachera el primer síntoma es que se trava

la lengua, y las ideas y sensaciones se multiplican por diez aunque no sea un borracho como una cuba. Así que se impuso el hallar un lenguaje que pudiera satisfacer esos dos estados contradictorios. Ese lenguaje hace siglos que se encontró y se adoptó en toda Rusia. Es, sencillamente, el nombre de un sustantivo que no registran los diccionarios oficiales, de manera que todo ese lenguaje se compone de un solo vocablo debidamente pronunciado.

Pero un domingo, ya de noche, me ocurrió andar algunos pasos al lado de una pandilla de seis artesanos borrachos, y de pronto me convencí de que se pueden expresar todos los pensamientos, sensaciones y hasta hondos juicios con sólo ese sustantivo que, por añadidura, no tiene nada de complejo. He ahí, por ejemplo, a uno de esos sujetos que lo pronuncia de un modo enérgico y tajante para expresar su negativa, rotunda, respecto de algo acerca de lo cual acaban de hablar.

Otro le replica con ese mismo sustantivo, pero ya en tono y sentido muy diversos, precisamente poniendo en duda la justicia de la negación del primero. Un tercero se indigna de pronto contra el negador, irrumpe violentamente en el diálogo y le suelta el mismo sustantivo, pero ya en son de amenaza e insulto. Vuelve entonces a terciar el segundo interlocutor, indignado con el tercero, con el ofensor, y lo interpela diciéndole: «Vamos, hombre, ¿por qué te metes en nuestra conversación? ¡Estamos hablando tranquilamente y de pronto saltas y te pones a insultar a Filka!». Y he aquí que todo eso viene a decirse con ese mismo vocablo prohibido, con la misma denominación sencilla de un objeto, sin más aditamento acaso que el de alzar la mano y tomar al otro por el hombro. Pero hete aquí que, de pronto, un cuarto interlocutor, el más joven de la partida, que hasta allí no despegó los labios, buscando probablemente la solución de la primera discrepancia que dio lugar a la disputa, entusiasmado, alzando los brazos, grita: «¡Eureka!, piensas.

¿Encontré?». Pues no hay tal eureka ni tal encontré, sino que repite exactamente ese mismo sustantivo que no figura en los

diccionarios, esa misma palabra, una nada más, pero con entusiasmo, con un grito de fruición, al parecer, demasiado intensa, pues al sexto amigote, el mayor y de gesto agrio, no le hace gracia y en un santiamén le disipa el entusiasmo al muchacho, repitiéndole, con malhumorada y admonitoria voz de bajo, pues ese mismo sustantivo que está prohibido emplear delante de señoras, con el que, por lo demás, expresa clara y exactamente: «¿Para qué te entrometes en la conversación? ¡Cierra el pico!». Y así, sin proferir otra palabra, repitiendo ese vocablo favorito seis veces, por turno, se comprendieron perfectamente. Es un hecho del que he sido testigo. «¡Por favor, les grité yo de pronto, sin venir a cuento (me hallaba, en el mismo medio de la pandilla), no han andado diez pasos y ya han repetido seis veces esa palabrita! ¡Qué vergüenza! ¿No se abochornan?»

Todos, de pronto, se me quedaron mirando, como quien presencia algo inesperado, y guardaron silencio un instante; yo creí que me iban a insultar, pero no me insultaron, y sólo el más joven, después de alejarse diez pasos, se volvió a mí de pronto y me gritó, sin detenerse:

—Pero ¡tú también lo comprendes siete veces, cuando nos has llevado la cuenta hasta seis!

Sonó una carcajada general, y los compadres siguieron su camino, sin ocuparse más de mí.

III

No, yo no hablo de esos borrachos ni son ellos los que me infunden esa especial tristeza los domingos. Hace poco que con gran asombro descubrí que hay en Petersburgo campesinos, artesanos y obreros completamente abstemios, que no beben ni los domingos; y no fue esto lo que más me sorprendió, sino el que fueran más de lo que yo supiera. Bueno; pues para que se vea, a mí me da más tristeza mirar a esos que a los borrachos, y no porque mi inspiran piedad, que tampoco hay razones para tenérsela, sino porque se me viene a la cabeza no sé qué idea extraña.

Los domingos, al anoecer (los días de

trabajo no se los ve), hay muchos individuos de esos que están trabajando toda la semana, y los domingos se van de paseo, perfectamente frescos, por esas calles. Salen precisamente a pasear. No hacen otra cosa sino dar vueltas en torno a sus propias casas o ir a hacer una visita con toda la familia. Caminan despacito y con caras la mar de serias, cual si no fueran de paseo; hablan apenas unos con otros, sobre todo los maridos con las mujeres, pero no dejan de ir "endomingados". Visten ropas malas y viejas, las mujeres, de colores, pero todos van muy aseados y limpitos, como de domingo, puede que ex profeso. Los hay que visten en traje nacional ruso; pero otros visten a la alemana y se afeitan las barbas. Lo más triste de todo esto es que, según parece, piensan con toda seriedad que con esos paseos se proporcionan un indudable placer dominical. Pero ¿quieren ustedes decirme qué placer puede haber en pasear por esas calles anchas, calcinadas, polvorientas, hasta después de puesto el sol? Pues eso, para ellos, es el paraíso; sobre gustos, no hay nada escrito.

Con mucha frecuencia llevan niños. Todos ellos, según he tenido ocasión de observar, en su mayor parte son siempre pequeñitos, y apenas si pueden andar solos. ¿Será por eso por lo que se desgracian tantos niños que no llegan a mayores? Me fijó entre el gentío en un artesano con un niño, solos, sin más acompañamiento. El va vestido de día de fiesta: sobretodo alemán, gastado por las costuras, con los botones caídos y el cuello muy grasiento; pantalones ocasionales de tercera mano, pero lo mejor recosidos posible; camisa y corbata, sombrero de copa, muy usado; rasurada la barba. Parece algo así como cerrajero o tipógrafo. La expresión de su rostro es adusta, pensativa, dura, casi mala. Lleva al nene de la mano, y el pequeño le sigue, tambaleándose. Es una criatura de dos años y pico, muy enclenque, muy blanquecino, pero viste un caftancito, botitas, con una cinta roja y una pluma de pavo real en el sombrero. Está el chico cansado; su padre le dijo algo, simplemente decirle, pero pareció gritarle. El niño se aquietó. Pero cinco

pasos más allá volvió el padre a agacharse, levantó con mucho cuidado al niño y lo tomó en brazos. El niño, acostumbrado y confiado, se dejó levantar, le echó la diestra al cuello, y con infantil asombro se me quedó mirando. «¡Caramba!, ¿por qué voy detrás de ellos y los miro de ese modo?». Yo le guiñé un ojo y le sonreí; pero él frunció el ceño y se agarró todavía con más fuerzas al cuello de su padre. Por lo que se ve, son muy amigos. Me gusta, vagando por las calles, fijarme en algunos transeúntes enteramente desconocidos, estudiar sus fisonomías y tratar de adivinar qué son, cómo viven, en qué se ocupan y qué es lo que en aquel momento les interesa. Aquel artesano, con el niño, me hizo pensar que no haría más que un mes que la mujer se le había muerto, y no sé por qué se me metió en la cabeza que tísica. Del pequeño huérfano (su padre pasa toda la semana trabajando en el taller) cuida, por lo pronto, alguna vecina vieja del sótano, donde ellos tienen alquilado un cuartucho, puede que un verdadero rincón. Ahora, en domingo, el viudo, con el niño, se va andando hasta lejos, a ver a algún pariente único que le quede, probablemente a su cuñada, con la que antes no se trataba mucho, y que está casada con algún suboficial de galones y vive irremisiblemente en algún caserón oficial, pero también en los sótanos, aunque aparte. La cuñada puede que llore a la difunta, pero no mucho; el viudo, seguro, tampoco suspirará demasiado durante la visita; pero estará todo el tiempo hosco, hablará poco y a duras penas sacará la conversación sobre algún tema práctico, especial, pero no insistirá mucho. Prepararán, naturalmente, el samovar, y tomarán un bocado con una taza de té. El niño, todo el tiempo estará sentadito en un banco en un rincón, arisco y enfurruñado. Ni su tía ni su marido pondrán en él gran atención; pero le darán, eso sí, leche y bollito, y en ese momento el dueño de la casa, el suboficial, que hasta entonces no reparó en él, le hará algo así como una caricia, pero con mucho descuido y torpeza, de lo que se reirá (él solo, desde luego), mientras el viudo, por el contrario, precisamente en ese instante, mirará severo,

sin saber por qué, al chico, después de lo cual este querrá enseguida hacer una necesidad, y su padre, sin gritos y con cara seria, se lo llevará por un momento fuera de la sala. Se despedirán también grave y dignamente, de la misma manera como conversaron, guardando todas las fórmulas de la cortesía y el decoro. El padre tomará de la mano al niño y ambos se volverán a casa. A la mañana siguiente, el padre se irá al taller y el chico se quedará con la vieja.

Y así, anda que te anda, vas imaginándote todos esos cuadritos para distraerte. Nada de eso tiene sentido ni «nada instructivo se puede sacar de ahí». Eso también me lleva los domingos, durante el verano, a lo largo de las polvorientas y adustas calles petersburguesas. ¿No habéis reparado en que Petersburgo tiene calles adustas? ¡Pues a mí me parece que es la ciudad más adusta que puede haber en el mundo!

A decir verdad, también los días de trabajo se ven muchos chicos por las calles; pero los domingos al anochece, hay diez veces más. Y qué flaquitos todos, qué anémicos, y qué caritas tan ariscas muestran, sobre todo aquellos que todavía van en brazos. En cuanto a los que ya andan solos, todos son chuecos, y todos, al andar, se tambalean a este y el otro lado. Casi todos, por lo demás, van muy bien vestiditos. Pero ¡Dios mío!, al niño le ocurre lo que a las flores, lo que a las hojas que le brotan al árbol en primavera: necesita aire, luz, libertad, comidas a tiempo, y he aquí que, en vez de todo eso, lo que aquí tiene es un sótano que huele a coles, y hiede terriblemente por las noches, mal alimento, cucarachas y pulgas, humedad, paredes chorreando, y en el patio, polvo y yeso.

Pero la gente ama a sus pálidos y flacos niñitos. Vean allí a una nena de tres años, bonita, que con un traje ligero corre hacia su madre, que está sentada en la puerta, rodeada de vecinas que acudieron de toda la casa para darle a la lengua. La madre charla, pero no pierde de vista a la niña, que está jugando a diez pasos de distancia. La nena se agacha a tomar algo, quizás una piedrita, e imprudentemente se pisa la faldita y no

acierta a incorporarse, aunque lo intenta un par de veces, hasta que me dirige rápida y curiosa mirada; prueba a levantarse, cae y se echa a llorar. La madre se apresta a correr en su ayuda, pero yo me adelanto a levantarla. Aún tiene lágrimas en los ojos, y de pronto va y se arroja, un poco asustada y presa de pueril turbación, en brazos de la madre. Me acerco, y cortésmente me entero de la edad de la niña; muy fina, pero con mucha reserva, me contesta la madre. Le digo que yo también tengo una nena así; pero mis palabras quedan sin contestación. «Serás todo lo bueno que quieras —parece decirme en silencio la madre—; pero si tuvieras en tu casa algo parecido, no estarías aquí.» Todo el parloteo de antes había cesado, y todas aquellas comadres parecían pensar eso mismo. Yo me llevé la mano al sombrero y seguí mi camino.

He ahí otra niña que en una populosa bocacalle se soltó de la mano de la madre. A decir verdad, la mujer hubo de ver de pronto, a unos quince pasos de distancia, a una amiga que iba a visitarla, y suponiendo que la chica conocería el camino, la soltó de la mano y corrió al encuentro de la amiga; pero la nena, al encontrarse sola, se asustó y empezó a llorar, corriendo así detrás de la madre.

Un transeúnte, de pelo cano y enteramente desconocido, un artesano con barba, detuvo en el camino a la mujer desconocida que corría hacia él, y la tomó de un brazo:

—¿Por qué corre de ese modo? Su niña la sigue, llorando. Eso no puede ser, se va a asustar.

La mujer fue a replicarle algo, pero no lo hizo, y se quedó pensativa; sin pizca de enojo o impaciencia, tomó de la mano a la niña, que ya la había alcanzado, y continuó más sosegadamente en dirección a su amiga. El artesano se quedó mirándolo todo hasta lo último y luego siguió su camino.

Cuentos baladíes, muy baladíes, que hasta da remordimiento de conciencia anotarlos en un diario. En lo sucesivo procuraré ser más formal.

Cultura

¿Cuántos hombres hay que no piensan, sino que viven de ideas que otros les dan ya hechas? Pero aquí no sólo se vive de ideas hechas, sino hasta de dolor hecho.

A PROPÓSITO DE UNA EXPOSICIÓN

Yo les tengo miedo a las tesis cuando se apoderan de un artista joven, sobre todo en los comienzos de su carrera. Y, ¿qué creen ustedes que es precisamente lo que temo? Pues que no logre el fin de la tesis. ¿Es que nuestras personas cultas no se han percatado todavía de lo que puede pasar en los corazones e inteligencias de nuestros escritores y artistas jóvenes? ¡Qué revoltijo de ideas y sentimientos preconcebidos! Bajo la presión de la sociedad, el joven poeta sofoca en su alma su natural anhelo de explayarse en formas singulares; teme que condenen su ociosa curiosidad; reprime, contiene esas formas que le brotan del fondo de su alma; les niega desarrollo y atención y se saca de adentro, entre espasmos, el tema que a la sociedad le gusta, que es grato a la opinión liberal y social. Pero ¡qué error tan horriblemente candoroso e ingenuo, qué error tan craso! Uno de los más burdos errores consiste en que la denuncia del vicio y la incitación al odio y la venganza se estima como el único camino posible para la consecución del fin. Por lo demás, aun en ese angosto camino, cabría desarrollar un gran talento y no hundirse en los comienzos de la carrera; bastaría con acordarse más a menudo de la regla áurea de que la palabra que se dice... es de plata, y la que se calla..., de oro. Hay talentos muy notables, que prometían mucho, pero a los cuales corroyó de tal modo la tendencia que acabó por vestirlos de uniforme.

Cultura y vida

Hay ciertas cosas, cosas vivas, que es muy difícil comprender por exceso de cultura. La cultura excesiva no siempre es cultura verdadera o justa. La verdadera cultura no sólo no es enemiga de la vida, sino que está siempre de acuerdo con ella, ofreciéndole nuevas

revelaciones que descubre en la misma vida.

CUADRITOS DE VIAJE

.

1. En el tren

Me refiero a los viajes en ferrocarril o en vapor. De los viajes antiguos, de los viajes en caballería, según le oí hace poco a un campesino, ya nosotros, habitantes de la capital, nos hemos olvidado por completo. Pero también en ellos pueden encontrarse muchas novedades que no responden al antiguo orden de cosas. Yo, por lo menos, he oído contar muchas cosas curiosas a ese respecto, sin faltar los bandidos; pero como en estos no acabo de creer, me propongo casi todos los años hacer un viaje por el corazón del país, siguiendo los antiguos caminos, para mi particular edificación y enseñanza. Pero hasta ahora, siempre hemos echado mano del tren.

¡Ea!, ya estamos en el coche. Los rusos inteligentes, al mostrarse en público y confundirse con la masa, resultan siempre curiosos para el observador entendido, sobre todo en los viajes. Aquí, en los trenes, la gente se encierra en sí misma, adusta, siendo sobre todo característicos en este sentido los primeros momentos del viaje. Se diría que los pasajeros están llenos de animosidad recíproca, que no se sienten a sus anchas; se miran unos a otros con la curiosidad más recelosa, mezclada irremisiblemente de hostilidad, pugnando al mismo tiempo por dar a entender que no se fijan unos en otros ni quieren fijarse.

Entre los viajeros de las clases intelectuales, los primeros momentos son de confusión, y para muchos representan muchos instantes de indudable tortura, cosa que no sucede en parte alguna del extranjero, precisamente porque allí todo el mundo se conoce y enseguida se acomoda a su sitio. En cambio, aquí, como no intervenga el conductor o alguien que nos guíe, no acertamos a valemos ni a encontrar nuestro sitio, fuere donde fuere, aunque llevemos el billete en la mano. No hablo únicamente de las disputas que surgen por los asientos. Si

se les ocurre preguntarle algo imprescindible al vecino, lo hacen en el tono más tímido y apocado, cual si se aventurasen a un enorme peligro. El interrogado, como es natural, se asusta en el acto y los mira con una inquietud nerviosa extraordinaria; y aunque conteste con no menor timidez y apocamiento que el interpelante, ambos, no obstante su mutuo susto, continúan durante largo rato sintiendo una inquietud originalísima. «¡No vayamos a tener problemas!»

El segundo período por el que atraviesan los rusos finos que van de viaje, es decir, ese período en que empiezan a entablarse las conversaciones, sobreviene siempre muy pronto, luego de pasado ese primer período de observarse y mirarse en silencio. No aciertan a empezar a hablar; pero luego se sueltan de forma que a veces pierdes la paciencia. ¿Qué hacer? El extremo: he ahí nuestra característica. La culpa de eso la tiene también nuestra torpeza; digan lo que digan, entre nosotros escasean horriblemente los talentos, de cualquier clase que fueren, abundando en cambio, la mar de lo que se llama la áurea medianía. La tal medianía es algo cobarde, impersonal y, al mismo tiempo, insolente y violento. Teme hablar por no comprometerse, exaltarse y expandirse; las personas de talento, porque consideran todo paso independiente como indigno de su inteligencia, y las que no lo tienen, por orgullo. El viajero ruso, en ese primer cuarto de hora, padece hasta el extremo de sentir desasosiego y acoger con alborozo el instante en que alguien, por fin, se decide a romper el hielo e iniciar algo por el estilo de una conversación general. En el tren, ese romperse el hielo suele producirse de un modo bastante chistoso, pero siempre distinto que en el barco (luego explicaré por qué). A veces, sobre esa general medianía, de pronto descuella un talento genial que, con su ejemplo, arrastra a todos los demás, desde el primero al último. Surge inopinadamente un señor que, en medio del tenso silencio y la crispación casi convulsiva generales, recio y sin que nadie lo invite, ni siquiera valiéndose de ningún pretexto, es más, sin pizca de esos rodeos —tan

indispensables, según nuestra idea de lo que debe hacer un gentleman cuando de pronto se encuentra entre gente desconocida—, sin ninguno de esos ruines rodeos que introducen en la conversación las más vulgares expresiones, y que desde la emancipación de los siervos tienen tan arraigados algunos de nuestros señoritos, cual si estuviesen resentidos por ello, sino todo lo contrario: con el aire del más rancio caballero sale contándoles a todos en general, y a ninguno en particular, nada menos que su propia biografía, con la completa y desconfiada estupefacción de los presentes. Al principio, incluso se azoran y se miran con ojos interrogantes; aunque, en medio de todo, les tranquiliza pensar que, «en todo caso, no son ellos los que hablan, sino él». Semejante relación, salpicada de detalles íntimos y a veces hasta portentosos, puede prolongarse media hora, una hora, cuanto quieran. Poco a poco todos empiezan a sentir el mágico influjo del talento; sienten precisamente que no se dan por ofendidos, por más que lo deseen. A todos les choca, en primer término, que el hablador no trate de halagar a nadie ni de buscarle la gracia, al modo de cualquier charlatán sin talento, y habla únicamente porque nadie puede tener oculto su tesoro. «Escuchen ustedes si quieren, y si no, lo que es a mí me da lo mismo, pues sólo lo hago por entretenerles.» He aquí lo que parece decir, pero no dice siquiera eso, pues todos se sienten enteramente a sus anchas, siendo así que (no podía ser de otro modo), cuando empezó a hablar todos parecieron sentirse personalmente ofendidos. Poco a poco va envalentonándose, hasta el punto de que le interrumpen, le hacen preguntas, le piden pormenores; todo eso, naturalmente, con la mayor circunspección. El caballero, con mucha deferencia, aunque sin el menor indicio de lisonja, los escucha y les contesta en el acto, los rectifica si están equivocados e inmediatamente les da la razón, por poca que tengan. Pero tanto al rectificarlos como al darles la razón les proporciona un placer indudable, cosa que sientes con todo tu ser a cada instante, sin acertar a comprender cómo

hace aquel hombre para conducirse tan bien. Si, por ejemplo, le objetan, enseguida, aunque sólo un minuto antes hubiera dicho lo contrario, les hará ver que decía precisamente eso mismo que habían creído necesario hacerle notar, estando completamente de acuerdo con tu opinión, de modo que quedas satisfecho sin que él haya perdido ni pizca de su absoluta independencia. Tan complacido quedas a veces después de alguna triunfante objeción que te pones a mirar al público con el aire de una persona que celebra su santo, no obstante todo tu talento, de puro halagados. ¡Oh!, aquel hombre lo ha visto todo, lo sabe todo, ha estado en todas partes, no hay casa que no visite, y anoche mismo se despidieron todos de él. Hace treinta años tuvo una entrevista con un célebre ministro del reinado anterior, y luego con el general gobernador B., al que fue a quejarse de un pariente suyo, el mismo que no hace mucho se distinguió con sus Memorias, y el general fue y le ofreció un puro. Pero como aquel, no lo fumó nunca. Desde luego que tiene sus cincuenta añitos, así que puede recordar también a B.; pero la noche antes acompañó al famoso bandido E, que acaba de huir al extranjero, y aquel, en el momento de separarse, fue y le reveló sus íntimos secretos, de modo que es el único en toda Rusia que sabe su historia con detalles. Mientras se trató de B., todos permanecieron tranquilos, tanto más cuanto que la cosa no pasó de un puro; pero al nombrar a R, hasta los oyentes más serios pusieron atención especial, inclinándose un poquito hacia el narrador y escuchándolo con avidez, sin pizca de envidia por haber sido amigo del famoso bandido y ellos no. Por lo demás, si ustedes no quieren creerlo, no lo crean; hasta salta a la vista que el narrador no tiene interés alguno en que le crean; pero del proyecto de impuestos sobre el consumo está enterado a fondo y sabe cuanto acerca de ello hablaron anteayer los ministros en Consejo, y hasta mucho mejor que ellos. Aquí, una donosa anécdota referente a los chistes que sobre el particular hizo P. Todos sonrían y muestran la mar de interés, porque la anécdota es muy

semejante a la verdad. Un coronel de Ingenieros le susurra a su vecino al oído que no hace mucho le contaron la misma anécdota, y sería raro que no fuese cierta, con lo que sube un punto el crédito del narrador. Con G. ha viajado miles de veces en el tren; pero no para ahí la cosa, sino que coloca aquí otra anécdota que nadie conoce, porque anda en medio cierto personaje, el cual quiere ponerle coto a todo. El tal personaje ha dicho que no se meterá en nada, pero hasta cierto punto, y como ambos lo ha rebasado, sin duda que el personaje se meterá. El mismo se halló presente y lo vio todo, y firmó como testigo en el registro de la estación. Se reconciliarán, naturalmente. De los perros de caza y de ciertos perros habla nuestro caballero, cual si toda su vida no se hubiera ocupado en otra cosa. Desde luego que al final todos comprenden, como dos y dos son cuatro, que nuestro hombre no viajó en la vida con G., ni escribió cosa alguna en el registro, ni fumó ningún puro mano a mano con B., ni tuvo nunca perros de caza, ni sostuvo relaciones de ninguna clase con el Consejo de ministros; pero, no obstante, hasta el especialista comprende que aquel hombre lo sabe todo y hasta bastante bien, de modo que no es comprometido escucharlo. Pero no lo escuchan por lo que diga, sino por gusto. Es notable, por lo demás, que en las divagaciones de ese sabelotodo haya ciertas lagunas: apenas habla de la cuestión escolar, de las universidades, del clasicismo y el realismo, ni de literatura, cual si no tuviese la menor idea de esos temas. Te preguntas quién podrá ser, y no hallas la respuesta. Sabes, sí, que es hombre de talento, pero no puedes adivinar su especialidad. Aunque, desde luego, presientes que aquel tipo, como todo tipo acusado, ha de tener irremisiblemente su especialidad, y si lo ignoras, es tan sólo por no conocer al tipo. Lo que sobre todo desconcierta es su traza; viste con holgura, y no hay duda de que su traje se lo ha hecho un buen sastre; si es verano, irá infaliblemente de verano; pero todo lo que lleva puesto tiene cierto aire de vejez, cual si hubiera tenido un buen sastre, pero ya no lo tuviese. Alto, seco, hasta flaco;

tiene un aire que no parece corresponder a su edad; mira derecho; tiene una traza audaz y de dignidad inquebrantable; ni pizca de arrogancia, sino todo lo contrario: una gran benevolencia con todo el mundo, pero sin almíbar. Una barbita en punta, canosa, no del todo napoleónica, pero del más noble corte. En general, modales irreprochables, y aquí los modales van de capa caída. Fuma muy poco, y es posible que nada. Ningún equipaje; un ligero saquito, o algo por el estilo, comprado quién sabe cuándo en el extranjero, pero ya muy gastado, y se acabó. La cosa es que, de pronto, de un modo enteramente inopinado, el caballero va y desaparece, y hasta en la más insignificante estación, donde nadie baja. Al irse él, alguno de los que con más atención lo escucharon y asintieron en voz alta a sus palabras, sale diciendo sentenciosamente que «no ha hecho más que soltar mentiras». Naturalmente, nunca faltan dos así que todo lo contrastaron y discutieron, en tanto hablaba; ni otros dos que, al contrario, desde el primer momento se dieron por ofendidos, y si callaron y no le objetaron al embustero fue únicamente de puro indignados. Ahora protestan acalorados. El público ríe. Alguien que hasta allí permaneció discretamente silencioso, con visible conocimiento del asunto, declara que ese es un «tipo especial, de la antigua nobleza, un decente vividor de la gente gorda; propietario, pero de poco pelo; un haragán que vive a expensas de su pobre madre; que tiene, en efecto, buenas relaciones y toda su vida no hizo otra cosa que pulular en torno a esa gente; un tipo sumamente útil en la vida social, sobre todo en esos pueblos de Dios, adonde a veces gusta de echar un vistazo». Con esta inesperada afirmación se muestran todos súbitamente de acuerdo, cesan las discusiones, pero ya se rompió el hielo y se entabló la conversación general. Hasta sin necesidad de eso, todos se sienten ya como en su casa, y de pronto sienten una gran libertad. Pero todo, gracias al talento. Por lo demás, si siquiera la gente no mintiera acerca de los llamados escándalos fortuitos y algunas cosas inevitables e inesperadas, a

veces harto enojosas, y, por desdicha, harto frecuentes, aún se podría viajar en nuestros trenes. Claro que con precauciones.

Ya he escrito y publicado una vez, que el secreto de viajar agradable y alegremente en el tren consiste, sobre todo, «en el arte de dejar mentir a la gente y tragarse lo más posible esas mentiras, que entonces también a uno lo dejan mentir de buen grado si se rinde a la tentación; de donde se deriva, como ven, una ventaja recíproca». Aquí diré que sigo siendo de la misma opinión, y que esa afirmación no la hice ni remotamente en tono humorístico, sino con toda seriedad. Por lo que se refiere especialmente al mentir y en los trenes, dije también que no lo tengo por ningún vicio, sino por el contrario, por una tendencia natural de nuestra nacional "bonachonería". Entre nosotros apenas si hay embusteros de mala intención, sino que, por el contrario, todos los rusos embusteros son buena gente. No digo, por lo demás, que sean santos.

No por ello deja de chocarme a veces, y en los trenes mismos, cierta ansia recién sentida de conversaciones serias, ansias de maestros en todos los temas sociales y políticos imaginables. Y surgen los maestros. Ya escribí también de ellos; pero lo que más me sorprende es que en el número de esos individuos tan ávidos de aprender, predominan las mujeres, y no las de pelo corto, me atrevo a asegurárselo. Díganme ustedes: ¿dónde ven ahora una señorita o señora sin su libro en la mano, en el tren y hasta en la calle? Puede que yo exagere; pero, de todos modos, son muchas las que llevan libros, y no vaya a creerse que novelas, sino libros de pedagogía o ciencias naturales: ¡con decir que hasta leen a Tácito en traducciones! En resumidas cuentas: que hay mucha avidez y emulación, pero... pero todo esto es aún poco. Nada más fácil que, por ejemplo, inculcarles las ideas que uno quiera a discípulas así, sobre todo cuando se tiene elocuencia. Una mujer profundamente religiosa asiente de pronto, en nuestras barbas, a conclusiones casi ateas. Pero en ese terreno de la pedagogía, ¡cuántas cosas no les inculcan y cuántas no están dispuestas

a aceptarlo! Escalofríos le dan a uno ante la idea de que al volver a su casa, enseguida empezará a inculcarles a sus hijos y a su marido lo que a ella le han enseñado. Lo único que algo la tranquiliza es pensar que quizá no haya entendido bien a su maestro o lo entendiera totalmente al revés, y que, ya en su casa, habrán de salvarla su instinto de madre y de esposa y el buen sentido, tan poderoso en la mujer rusa desde tiempos inmemoriales. Pero, a pesar de todo, hay que desear que se difunda la cultura, sólo que una cultura sólida y verdadera, y no sacada de cualquier libraco y, además, profesada en un coche del tren. Así, las ideas más plausibles pueden convertirse en algo lamentable.

Otra cosa buena que tienen nuestros viajes es que —prescindiendo de diversos casos— puedes ir de incógnito todo el camino, en silencio y sin hablar con nadie, si no lo deseas. Los curas son los que a veces empiezan a preguntarle a uno «quién es usted, adonde va, con qué objeto y qué esperanzas tiene». Pero, por lo demás, también ese tipo simpático parece ir desapareciendo. En cambio, incluso en ese estilo, de aquel tiempo a esta parte, uno tiene encuentros inesperados como para no dar crédito a los propios ojos.

2. En el barco

En los barcos se entabla conversación de otro modo que en el tren. Las razones de ello son naturales, empezando porque allí el público es más selecto. Me refiero, desde luego al público de primera, al público de popa. El de segunda, el de proa, ni siquiera es público, sino sencillamente el pasaje. Allí va la gente humilde; allí es donde se ven sacos y maletas, apretujones y oscuridades; ese es el lugar de las viudas y los huérfanos; allí las madres dan el pecho a sus crios; allí se encuentran esos viejitos que viven de una pensión, curas trasladados, partidas enteras de trabajadores, la servidumbre del barco, las cocinas. El público de popa ignora siempre en todas partes al de proa, no teniendo de él ninguna idea. Puede que parezca extraña esa opinión de que el público de primera es siempre más selecto que el de la clase

correspondiente en el tren. En realidad, sin duda, no hay tal cosa y, además, todo ese público, en cuanto se vuelve a su casa y deja el barco, inmediatamente, en sus nidos familiares, baja el diapasón hasta un tono naturalísimo, mientras que en el barco lo levanta, sin querer, hasta una arrogancia intolerable, únicamente por no ser menos que los demás. Todo el quid de eso se cifra en que allí hay más espacio donde acomodarse y más tiempo para esparcirse que en el tren, o sea que, como ya dije, hay una causa natural. Allí no se va tan apretado como en el tren, no se está tan expuesto a convertirse en pandilla ni se ve tan al vuelo, ni sujeto a tantos requisitos, a las molestias de los crios que se despiertan o lloran; allí no te ves obligado a mostrar tus instintos de un modo tan natural y apremiante, sino que, lejos de eso, todo recuerda a una casa seria; al poner el pie sobre cubierta, tienes la sensación de ser un invitado. Y, sin embargo, estás obligado a cinco o seis horas de promiscuidad, a veces un día entero, e infaliblemente sabes que han de llegar hasta el fin juntos y de trabar conocimiento con tus compañeros de viaje. Las señoras van siempre mejor vestidas que en el tren; tus hijos, por poco que los estimes, llevan trajecitos de verano de lo más lindos. Cierto que allí también uno suele tropezarse con paquetes y padres de familia que parecen estar verdaderamente en su casa, y algunos llevan sus chicos de la mano, ostentando condecoraciones por si acaso; pero eso sólo lo hacen esos tipos inferiores de verdaderos viajeros, que toman las cosas plebeyamente en serio. Esos tales no tienen ideas elevadas, sino tan sólo un vivo instinto de propia conservación. El verdadero público inmediatamente se desentiende de esos individuos lamentables, aunque se le siente al lado, y ellos mismos comprenden enseguida cuál es su verdadero puesto; y aunque ocupan la ubicación que han pagado, ante los demás permanecen encogidos y tímidos. En resumidas cuentas: que el espacio y el tiempo alteran de un modo radical las condiciones. Allí ni el talento puede ponerse de buenas a primeras a referir su biografía,

sino que tiene que buscar otro camino. Es posible que no tenga el menor éxito. Allí casi no puede darse el caso de entablar conversación, por la pura imprescindibilidad del viaje. Sobre todo, el tono del diálogo tiene que ser enteramente distinto, propio de un salón, y en eso está todo el quid. Desde luego que, como los pasajeros no se conocen de antemano, es mucho más difícil romper el hielo que en el tren. La conversación general es rara en el barco. Los sufrimientos inherentes a la tensión nerviosa, sobre todo en los primeros momentos, son más considerables que en el tren. Si eres algo observador, seguro te chocará lo que puedan fingir en un cuarto de hora esas damas elegantes y sus honorables maridos. Cierto que donde más ocurre esto es en las excursiones de recreo, por decirlo así, veraniegas, en esas excursiones que duran de dos a seis horas. Allí todo es ficción: los modales, las bellas actitudes; cada cual parece estarse mirando a cada instante en el espejo. Frases chillonas y recalcadas, de lo más antinatural y antipático; un modo imposible de pronunciar las palabras, como no las pronunciaría quien se estime un poco; todo eso se da allí más, según parece, que en el teatro. Padres y madres de familia (es decir, en tanto no se generaliza la conversación) se esfuerzan por hablar entre sí de un modo antinaturalmente recio, pugnando por demostrar con todo empeño que están ahí absolutamente como en su casa; pero luego, enseguida, avergonzados, se rectifican; se ponen a hablar de cosas enteramente estúpidas, que no pegan ni remotamente con aquella ocasión y aquel lugar, dirigiéndose a veces el marido a su mujer como un caballero desconocido a una señora a quien no conoce, en algún salón. De pronto, y sin motivo alguno, cortan la conversación y, en general, hablan a los saltos, miran nerviosos e inquietos a los vecinos; atienden las mutuas respuestas con recelo, y hasta con susto, y no es raro que unos se avergüencen de otros. Si sucede (es decir, si la necesidad los obliga) que se ponen a hablar entre sí de algo más pertinente a la ocasión, y de aquello que un marido necesita

hablar con su mujer en los comienzos de un viaje, de algo casero, por ejemplo, de los chicos, de si tose Mischenka y de que aquí hace frío o de si Sonechka se arremanga demasiado la falda..., se turban y enseguida se ponen a cuchichear, no sea que alguien los oiga, aunque lo que digan no tenga nada de inconveniente, sino todo lo contrario, revele la plena estima de sí propio, tanto más cuanto que no son ellos solos los que tienen chicos y desazones, sino todo el mundo, aun allí mismo en el buque. Pero tan sencilla idea no se les ocurre, y hasta, según parece, la tienen por indigna de ellos. Lejos de eso, todo grupo familiar propende, aun con envidia, a tomar todo otro grupo análogo por algo, en primer lugar, un grado superior a él, y luego, por algo perteneciente a un mundo especial, como el del ballet, y en modo alguno por seres humanos que pueden tener, como ellos... casa, hijos, niñeras, el bolso vacío, etc. Tal idea les resultaría hasta ofensiva, enojosa; vendría a defraudar la ilusión. En los buques, en el número de quienes empiezan primero a hablar alto, puede contarse a las institutrices, claro que con los niños y en francés. Las institutrices de las familias de clase media están, en su mayoría, cortadas por el mismo patrón: todas jovencitas, todas recién salidas del colegio, todas feas, pero sin serlo de remate; todas vestidas de oscuro, con el talle muy estirado, pugnando por enseñar el piecito; todas orgullosamente modestas, pero con el aspecto más desenvuelto, indicio de suprema inocencia, consagradas todas ellas con el mayor fanatismo a sus deberes, sin que les falte nunca en las manos el librito inglés o francés de buena lectura, con frecuencia un relato de viaje. Miren a esa que tiene esa nena de dos años en brazos y llama, sin bajar la vista, con severidad no exenta de cariño, a la hermanita de la niña, que tiene ya seis y está jugando ahí (sombbrero de paja, traje blanco corto con encajes y encantadores zapatitos infantiles). Viera, venez ici, e irremisiblemente el clásico venez ici, y cargado irremisiblemente el acento en el zí. La madre, una mujer gruesa y de familia sumamente distinguida (ahí tienen a su

marido, un señor de aspecto europeo, aunque de propietario rural, de no pequeña estatura, más bien gordo que flaco, con pelo algo canoso y barba rubia, aunque larga, de corte indudablemente parisino, y un sombrero blanco de castor); la madre observa el momento en que la institutriz, al tomar en brazos a Nina, se toma un trabajo de más, que no está dentro de lo convenido, y para indicarle que no lo encuentra bien, en el acto, con una voz mimosa, que excluye, sin embargo, la posibilidad de que la joven se haga la menor ilusión sobre ningún derecho a más familiaridad, le hace una advertencia, por lo que debe llamar a la niñera, mirando, al decir esto, tranquila e imperiosamente, en su entorno, en busca de la ama ausente. Su europeo marido llega, incluso, a iniciar un movimiento en ese mismo sentido, cual si fuera a correr en busca del ama; pero luego lo piensa mejor y continúa en su sitio, muy satisfecho, al parecer, de haber rectificado su primera idea. Por lo que parece, está en ascuas con su consorte, y, al mismo tiempo, lo toma todo muy a pecho. La institutriz se da prisa a tranquilizar, por lo que a ella respecta, a la encopetada dama, asegurándole a voz en cuello que quiere mucho a Nina (besándola al mismo tiempo con pasión). Luego otro gritito en francés a Viera, con el mismo ícici y ¡qué cariño centellea en los ojos de la leal muchacha aun para la culpable Viera! Por fin acude Viera, saltando y disculpándose con voz mimosa (una niña de seis o siete años, ¡un ángel todavía, y ya sabe mentir!)

El barco hace un paseo de seis horas y la excursión resulta casi de recreo. Vuelvo a repetirlo: sin duda que dos o tres días de viaje, allá por el Volga, por ejemplo, o de Cronstad a Ostende, harían lo suyo; la necesidad ahuyentaría el salón, se desvanecería el ballet, y los instintos vergonzantemente disimulados saldrían fuera del modo más franco, hasta alegrándose de poder estallar. Pero de tres días a seis horas hay mucha diferencia, y en nuestro buque todo se mantuvo primoroso, desde el principio al fin. Nos embarcamos a las diez de la mañana de un magnífico día de junio, en

un amplio y plácido lago. La parte de proa del barco va atestada de pasajeros; pero ese es un revoltijo del que no queremos saber; aquí, ya lo dije, está uno en su salón. Aunque hay también aquí gente de esa que siempre, en todas partes, nos plantea un problema, de modo que no sabemos qué hacer: por ejemplo, cierto doctor alemán, con su familia, compuesta de la mujer y tres señoritas a las que será difícil conseguirles novio en Rusia. Con ninguna de esas criaturas rigen nuestras leyes. El viejo doctor se encuentra enteramente en su salsa; ya se ha puesto su gorra germánica de viaje, a cuadros, de una forma estúpida, y lo ha hecho así con toda intención, para alardear de independencia; cuanto menos, tal se nos antoja a nosotros. Pero, a cambio de esta perplejidad, tenemos ahí una señorita muy mona y un coronel de Ingenieros; una madre ya de alguna edad, con tres hijas muy elegantes, pertenecientes a la sociedad entre mediana y elevada de las familias petersburguesas de generales, jóvenes probablemente instruidas y que ya deben de haber visto mundo. Hay dos calvos: un sujeto flaco y un oficial de Caballería de un conocido regimiento; pero este se mantiene en cierto altivo aislamiento y guarda un silencio arrogante, sin duda por creer que no se halla en su ambiente, lo que, al parecer, nos gusta a todos. Pero quien más llama la atención es un dignatario. Se trata, por lo demás, de una Excelencia de aspecto muy bonachón, con gorra y medio uniforme. Todos saben enseguida que es el decano de los funcionarios y, por así decirlo, el patrón del gobierno, llegando a afirmar algunos, que ahora va de visita de inspección. Lo más probable es que venga acompañando a su mujer y a su familia a algún lugar cercano, donde tendrán su residencia veraniega. Su mujer es una dama muy guapa, de treinta y seis o treinta y siete años; ostenta el ilustre apellido de S. (que todos conocen en el barco) y viaja en compañía de sus cuatro hijitas (la mayor de diez años) y una institutriz suiza, y provocando la indignación de algunas de las señoras presentes, se conduce al estilo de la clase media, aunque respinga la nariz de un modo intolerable.

Viste como en día de trabajo, según es moda ahora entre las madres de familia; recalca a media voz una de las hijas del general, mirando con ojos de envidia el exquisito corte del modesto vestido de la señora del alto funcionario. Atrae también la atención de un modo notable, y hasta excesivo, un caballero alto, seco, muy canoso, de unos cincuenta y seis o cincuenta y siete años, que se ha sentado desenfadadamente, de espaldas a todos, en una de las airosas sillitas del vapor, y mira por la borda correr el agua. Nadie ignora que es Fulano de Tal, que fue gentilhombre del soberano difunto y un hombre muy elegante en su tiempo. Y aunque no se sabe lo que ahora sea, es un señor de la más alta sociedad, que ha derrochado mucho dinero en su vida, y estos últimos años anduvo viajando mucho por el extranjero. Va incluso un tanto descuidado en el vestir, y muestra todo el aspecto de un particular, pero con el empaque de un irreprochable milord ruso y hasta sin mezcla de peluquero francés, lo que representa una positiva rareza en un verdadero inglés ruso. Lo acompañan en el vapor dos criados, lleva consigo un perro setter de extraordinaria belleza. El perro anda sobre la cubierta, y, deseoso de hacer amistad con nosotros, mete el hocico entre las rodillas del público sentado, esperando turno, visiblemente. Y aunque resulta algo molesto, nadie se enoja, y algunos hasta tratan de acariciar al animalito; pero, desde luego, con aire de entendidos, que saben apreciar el valor de un perro de precio, y mañana pueden tener otro setter igual. Pero el perro recibe las caricias con indiferencia, como un verdadero aristócrata, y no permanece mucho tiempo con el hocico en las rodillas de nadie y, aunque mueve la cola, lo hace simplemente por cortesía mundana, con indiferencia y frialdad. Por lo visto, el milord no conoce aquí a nadie; pero, a juzgar por su cara adusta y agria, no está tampoco para buscar amigos, y no por cuestión de principios, sino sencillamente porque no los echa de menos. Para el patrón del gobierno muestra una indiferencia absoluta, indiferencia que tampoco responde a principios. Pero ya se ve

que de un momento a otro han de entablar conversación. El dignatario va y viene en torno a la sillita del gentilhomme, y hace todo lo posible por hablarle. No obstante estar casado con una S., parece, en virtud de rectitud innata, reconocerse inferior en bastantes grados al milord, aunque claro que sin el menor detrimento de su dignidad: trata de resolver ahora este último problema. De pronto, se atraviesa un señor de segundo grado, y por su mediación ya han cambiado, casualmente, dignatario y milord, unas cuantas palabritas sin presentación previa. De pretexto ha servido la noticia, comunicada por el señor de segundo grado, y referente a cierto gobernador vecino, también conocido aristócrata, que en el extranjero, adonde iba a tomar baños con su familia, hubo de romperse una pierna en el tren. Nuestro general se afecta mucho y desea saber pormenores. El milord los conoce, y afablemente deslizó dos o tres pares de palabras por entre sus dientes postizos, por lo demás, sin mirar al general ni saber a quién hablaba, si a él o al reportero de segundo grado. El general, con impaciencia sincera, se apoya en el respaldo de la silla y aguarda. Pero el milord promete poco, y de pronto calla y olvida lo que estaba diciendo. Por lo menos pone cara de eso. El vivaracho señor de segundo grado tiembla por él, deseando impedir que hable. Considera su deber sagrado ser quien presente uno a otro a aquellos dos encumbrados caballeros. Es de notar que esos caballeros de segundo grado se encuentren a menudo en los viajes, sobre todo alrededor de los proceres, y eso por la simple razón de que allí no los pueden echar. Pero, si no los echan, es porque resultan muy útiles, claro que cuando se hallan en ciertas condiciones propicias. El nuestro, por ejemplo, llevaba hasta su condecoración al cuello, y, aunque iba de paisano, vestía, sin embargo, de un modo algo oficial. Así que resultaba en cierto modo decente. Aquel señorito se conducía delante de un viejo procer de forma que parecía decir con sólo su aspecto: «Mire usted: yo soy de segundo grado, no pretendo codearme con usted. A mí usted no puede ofenderme,

Excelencia, mientras que yo sí puedo distraerle, considerándome, incluso, feliz con que usted me mire de arriba abajo, que hasta la tumba sabré ocupar mi puesto». Sin duda que estos caballeros van buscando su provecho; pero su tipo puro procede sin fin de lucro, únicamente movidos de cierta inspiración burocrática y, en ese caso, tales señores son útiles y sinceramente amables e ingenuos, hasta el punto de desaparecer en ellos el lacayo y producirse de por sí el lucro como un hecho y su ineludible consecuencia. Todos los de cubierta prestaron extraordinaria atención al incipiente coloquio de aquellos dos altos personajes, y no porque quisieran tomar también parte en él, que eso habría sido demasiado, sino tan sólo ver y oír. Algunos hasta daban vueltas por allí, siendo el que más se desvivía el europeo marido de la distinguida señora. El cual siente que no sólo podría acercarse a los interlocutores, sino también terciar en el diálogo, pues hasta tiene cierto derecho a ello; los generales con los generales, y Europa con Europa. Ni tampoco podría él hablar peor que otros, del gobernador lesionado que se rompió una pierna en el extranjero. Hasta piensa en acariciar al setter y empezar por ahí; pero ya que tiene la mano tendida, la retira y, de pronto, le asalta el invencible antojo de darle un puntapié al perro. Poco a poco va adoptando un aire solitario y ofendido; por un momento se aleja y va a contemplar la brillante superficie del lago. Su mujer, no se le escapa, lo está mirando con ironía cáustica. En vista de eso, no puede contenerse y vuelve al lugar del coloquio, y va y viene en torno a los interlocutores como alma en pena. ¡Y si esa alma inocente fuera capaz de odiar a alguien, odiaría en aquel instante al señor de segundo grado, lo aborrecería con todas sus fuerzas, pues si no hubiese estado allí aquel sujeto no habría ocurrido lo que sucedió!

—¡Telegrafiaron desde allá! —recalcó el flaco milord, siguiendo con la vista al setter y respondiendo apenas al general—, y yo, en el primer momento, figúrese usted, me quedé estupefacto.

—¿Es quizá pariente suyo? —estuvo a

punto de preguntar al general, pero se contuvo y aguardó.

—Y figúrese, la familia en Karlsbad, y telegrafió... —repite con incoherencia el milord, recalcando lo de telegrafió.

Su excelencia aún sigue aguardando, aunque su cara revela una gran impaciencia. Pero el milord, de pronto, cierra el pico y se olvida del diálogo.

—Pero, según creo, tiene su posesión principal en el gobierno de Tversk, ¿no? —se decide, por último, a preguntar el general, con cierta vergüenza y recelo.

—Dos, dos delgaditos: Yarkov y Aristarj. Hermanos. Aristarj se encuentra ahora en Besarabia. Yarkov se rompió una pierna y Aristarj se encuentra en Besarabia.

El general levanta la frente y es preso de una gran perplejidad.

—Delgaditos, y las tierras son de su mujer, una Garunina.

—¡Ah! —exclama el general. Por lo visto, le satisface que sea una Garunina. Ahora comprende.

—Muy buen hombre —exclama con vehemencia—. Lo conocía, es decir, precisamente esperaba conocerlo aquí.
¡Hombre nobilísimo!

—¡Muy buen hombre, Excelencia, muy buen hombre! ¡Eso es, usted lo ha calificado definitivamente: muy buen hombre! —intervino el caballero de segundo grado, con calor y entusiasmo no fingido resplandeciendo en sus ojos.

Mira con desdén a los demás pasajeros y se siente incomparablemente superior a todos ellos.

Eso acaba ya con la paciencia del señor europeo, que merodea en torno al diálogo.

¡Ay, fue cosa de la fatalidad!

La fatalidad consistió aquí en que su mujer, la dama distinguida, allá en sus tiempos de soltera, era amiga de la esposa del dignatario, que por su casa se llamaba S. La dama distinguida se consideraba también, con motivo de su alcurnia, realmente superior a su marido. Al poner antes el pie sobre cubierta, ya sabía ella que también la otra sacaría pasaje, y contaba con encontrársela.

Pero, ¡ay!, que ambas señoras no se

encontraron, y desde el primer momento, a la primera mirada, se hizo evidente que no podían encontrarse. ¡Y todo por culpa de aquel hombre que no era nadie!

Pero aquel hombre que no era nadie sabía, por su parte, de sobra, los tácitos pensamientos de su mujer, que demasiado tiempo había tenido de calárselos en sus siete años de matrimonio. Y, sin embargo, también él había nacido en Arcadia. Allí, en aquel mismo gobierno, había poseído hasta setecientas almas. Después que las emanciparon, el matrimonio se fue a pasar esos siete años en el extranjero. Y helos aquí que ahora regresaban a la patria, donde llevaban ya cuatro meses comiéndose los restos de su patrimonio. La dama distinguida no quería, por lo visto, enterarse de que ya no tenía siervos ni dinero. Pero lo que más rabia le daba era que llevaban allí ya cuatro meses sin lograr encontrarse con nadie. Aquel encuentro con la generala habría sido el primero. «¡Y de todo tenía la culpa aquel hombre que no era nadie!»

—¡De qué sirve que use esa barbita a la europea, si no tiene empleo, ni influencia, ni relaciones! ¡Nunca supo buscarse nada, ni siquiera casarse supo! ¡Y cómo pude aceptarlo por marido! ¡Me fascinó con la barbita!

El afortunado esposo sabe de sobra que eso es lo que piensa de él la dama distinguida, y en aquel instante crítico. Ella no le ha manifestado su deseo de encontrarse con la generala; pero él sabe muy bien que, como no le proporcione ese encuentro, se lo reprochará toda la vida. Además, él tiene empeño en demostrarle que es hombre capaz de hablar con generales rusos. Que no es un cualquiera, como ella se imagina, sino un hombre de valía. ¡Ay, el afán de que su mujer haya de reconocer su valor espontáneamente constituye, en realidad, el principal objeto de aquella vida frustrada, y hasta todo su objeto desde que se casó! Cómo fue así, sería muy largo de contar; pero así fue y a eso se redujo todo. Y helo que ahora, de pronto, da un paso y va a plantarse delante del milord.

—Yo..., general..., yo también he estado en Karlsbad, y figúrese, general, yo también

sufrió allí una lesión en una pierna... ¿Hablabas usted de Aristarj Yakovlevich? —añade, dirigiéndose de pronto al milord, por no poder resistir al general.

El general levanta la cabeza y se queda mirando con cierto asombro al recién llegado, y le tiembla todo el cuerpo. Pero el milord ni siquiera alza la frente y, sin embargo, ¡horror!, alarga el brazo, y el señor europeo comprende claramente que el milord, apoyando con fuerza su mano en su pierna, lo aparta de su lado. Da un respingo, baja la vista, y comprende la causa de inmediato: al colocarse aturdidamente entre el banco y la sillita del milord no reparó en que este tenía su bastón sobre el banquito y que el bastón ha resbalado y está a punto de rodar. Se aparta aprisa, cae el bastón, y milord, malhumorado, se agacha a recogerlo. En aquel instante se oye un grito horrible: es el setter, al que nuestro hombre, al desviarse, le ha pisado una pata. El setter aulla de un modo insufrible, estúpido; milord revuelve todo el cuerpo en la silla e increpa al caballero:

—Le ruego encarecidamente que deje en paz a mi perro.

—No he sido yo. Ha sido él mismo — murmura nuestro héroe, deseando escapar.

—¡No puede usted figurarse cuánto me hace sufrir ese hombre tan imbécil! —suena detrás de él la voz de su mujer, hablándole al oído a la institutriz; pero, más bien que oírla, lo que hace es presentirla con todo su ser. Y hasta es posible que su mujer no haya dicho nada.

¡Pero eso es igual! No sólo está decidido a atravesar la cubierta, sino a meterse en cualquier sitio en la proa y esconderse allí. Y, según parece, así lo hace. Por lo menos, en toda la hora restante de viaje no se le vuelve a ver.

Después del incidente, el dignatario no puede contenerse y se dirige a su camarote, donde, por indicación del capitán, tiene ya preparada una partidita de cartas. Todos conocen el lado flaco de Su Excelencia. El caballero de segundo grado ya lo ha arreglado todo y buscado jugadores, según lo que permiten las circunstancias; son estos:

un funcionario, empleado en las obras de un ferrocarril próximo, y que goza de un sueldo monstruosamente considerable, y algo amigo ya de Su Excelencia; y el coronel de Ingenieros que se ha prestado a ser de la partida. El tal ingeniero se conduce con adustez (de puro celoso de su dignidad), pero juega bien. El empleado de ferrocarriles es algo vulgar, pero no sabe contenerse; el señor de segundo grado, que es el cuarto, se porta con corrección. El general está muy contento.

En cuanto a milord, entre tanto, se ha hecho amigo de la generala. Había olvidado que era, por su casa, una S., y no cayó tampoco en la cuenta. Ahora, de pronto, la recuerda cuando era una señorita de dieciséis años. La generala lo trata con cierta altivez e indiferencia; aunque en el fondo no hay tal cosa. Apenas si lo mira, pero milord cada vez se vuelve más amable; se anima, en verdad, y habla con voz chillona. En cambio, se esmera para contar (claro que en francés) anécdotas encantadoras y esmaltar la conversación de verdaderas agudezas. ¡Y cómo domina el chismorreo! La generala sonrío cada vez más.

El prestigio de una mujer hermosa influye lo indecible en milord, que cada vez acerca más su silla, y acaba por derretirse y reírse de un modo raro. Pero eso no lo puede soportar ya la pobre y distinguida dama. Comienza a sufrir un tic y se retira a su camarote en compañía de la institutriz y de Nina. Salen a relucir los paños mojados, se oyen quejidos. La institutriz comprende que aquella es una mañana perdida y se pone de mal humor. No quiere hablar, acomoda a Viera en una silla y ella toma un libro que, por lo demás, no lee. «Es la primera vez que le sucede en estos tres meses —piensa, mirándola a los ojos, la dolida dama—. ¡Debería hablar, sí señor, debería! ¡Debería distraerme, compadecerme; para eso es la institutriz: para mirar por una, aunque la culpa de todo la tiene ese mequetrefe!». Y sigue mirando, con ojos de rencor, a través de la muchacha. Ella tampoco quiere hablarle, por orgullo. La muchacha, en tanto, piensa en el recién dejado Petersburgo, en

las patillas de su primo, en un oficial amigo suyo, en dos estudiantes. Piensa en la única sociedad donde pueden reunirse las estudiantes y los estudiantes, y a la que la han invitado.

«¡Allá ella si está enojada! —sentencia definitivamente—. Veré de continuar aquí un mes más, y si no termino de acostumbrarme, me vuelvo a Petersburgo. ¡Qué diablos!»

Pero he aquí que, por fin, el vapor llega a puerto, y todos se lanzan a la salida, cual huyendo de un ambiente viciado. ¡Qué día tan tibio, qué cielo tan radiante y magnífico! ¡Pero no miremos el cielo, que tenemos prisa! Prisa, mucha prisa, y el cielo no se ha de ir de ahí.

El cielo es cosa casera, el cielo es cosa tonta, mientras que la vida pasa... ¿Cómo no ir al campo?

Evolución del niño

Dos balas cuelgan sobre la infancia, una roja y otra azul, y eso para acelerar el desarrollo, para despertar el pensamiento. ¡Cual si pretendiese suprimir a la naturaleza! Así se anula la impresión de armonía del todo en la naturaleza. Pasarán su vida buscando el detalle, la arista, la particularidad en ese todo.

EL NIÑO, CON CRISTO, ANTE EL ÁRBOL DE NAVIDAD

Los niños son una cosa rara: se desviven soñando y pensando. Antes de Navidad, y luego ya en Nochebuena, solía yo encontrarme regularmente, en determinada esquina de la ciudad, a un niño que seguramente no tendría más de, pongamos, siete años. A pesar del frío tan horrible que hacía, iba vestido casi de verano; pero en torno al cuello llevaba atado un trapo viejo; alguien se lo ponía antes de echarlo a la calle. Salía con sus manecitas, que así suena la palabra técnica con que se designa el pedir limosna. Esa expresión la han inventado los propios niños. De chiquillos como el de que hablo hay una muchedumbre, le corren a uno detrás en todas partes y siempre salmodiando alguna retahila aprendida de

memoria; pero aquel no gimoteaba, y en cierto modo hablaba de una manera inocente y desusada, y sus ojos me miraban confianzudos: debía ser un novato. A preguntas mías, me contestó que tenía una hermana, la cual estaba enferma y sin trabajo. Puede que me dijera la verdad, pues sólo más tarde supe que chicos como esos son innumerables; los echan al arroyo a pedir, aunque haga el frío más cruel, y cuando no recogen nada que llevar a casa los zurran, naturalmente. Si el muchacho ha logrado reunir un par de copecas, se vuelve enseguida a su tugurio con las manecitas entumecidas, y allí se emborracha a su costa una partida de esos individuos que, como dicen, «el sábado, al terminar en las fábricas, empiezan ya a celebrar el domingo y hasta el miércoles no vuelven al trabajo». Allí beben con ellos también sus famélicas y vapuleadas dádivas, y también lloriquean, en demanda del pecho materno, sus hambrientos crios. Aguardiente, y suciedad, y libertinaje; pero, sobre todo, aguardiente, es lo que allí puede encontrarse. Con las copecas recogidas de limosna envían inmediatamente al muchacho a la taberna más próxima para que les traiga más aguardiente. Por broma también, a él le echan aguardiente en la boca, y se retuercen de risa al ver que al chico le falta la respiración, y le fiaquean las piernas, y casi se ahoga de aquella impresión, que le hace perder el oído y la vista.

Cuando el chico ya es mayor, lo envían a una fábrica; pero todo cuanto gana tiene que llevarlo también adonde aquellos sujetos gastan el dinero en aguardiente. Incluso antes de entrar en la fábrica se han convertido esos chicos en unos pequeños delincuentes. Recorren la ciudad entera y conocen los más diversos rincones, cuevas, cobertizos y portales donde se puede pasar la noche sin ser visto. Un chico de esos estuvo durmiendo varias noches en una portería, metido en una cuba de madera, sin que lo descubriera el portero. En primer lugar, son ladronzuelos. El robo viene a ser para ellos una pasión, hasta para los que no pasan de los ocho años, y no pocas veces, sin darse ellos cuenta de lo delictivo de su conducta. En

resumen: se acostumbran a soportarlo todo... hambre, frío, golpes, sólo por una cosa: por su libertad, y no tardan en emanciparse de quienes los esquilman para echarse a vagabundear por su propia cuenta, por su propio impulso y por su propio placer. Muchos de esos chicos vagabundos no saben nada, o poco menos, del país en que viven ni de la nación a que pertenecen, ni si existe un Dios y un zar. Hasta se cuentan tantos infortunios acerca de ellos que cuesta trabajo creerlo y, sin embargo, todo esto son hechos positivos...
Padres e hijos
Padres e hijos... Los parientes no conocen a los parientes.

EL PROCESO A KORNILOVA

1. Sencillo, pero raro

El 15 de octubre, los Tribunales fallaron en el proceso de esa madrastra que hace seis meses, en mayo, arrojó por la ventana, desde un cuarto piso, a su hijastra, una nena de seis años que, no sé por qué milagro, no se hizo nada en la caída y salió de ella viva y sana. Esa madrastra, la campesina Yekaterina Kornilova, de veinte años, se había casado con un viudo que, según sus declaraciones, siempre la estaba riñendo, no la dejaba ir .a ver a sus parientes ni recibirlos en su casa, siempre le estaba poniendo como ejemplo a su difunta, etc. En una palabra: «que llegó la cosa a un punto en que dejó de amarle», y para vengarse de él resolvió tirar por la ventana a esa nena, hija de aquella, su primera mujer. En resumidas cuentas: la historia —quitando la milagrosa salvación de la niña— no puede ser más clara y sencilla. Desde este punto de vista, es decir, desde el de la sencillez, consideraron también la cosa los jueces, y también del modo más sencillo condenaron a Yekaterina Kornilova, «que al consumir su delito tenía más de diecisiete años y menos de veinte, a dos años y ocho meses de trabajos forzados, cumplidos los cuales se quedará para siempre en Siberia». Y, sin embargo, pese a toda esa sencillez y claridad, hay en todo eso algo que no se ha

dilucidado bien. La procesada (una mujer bastante agraciada), al comparecer ante sus jueces, se hallaba en el último mes de embarazo, de modo que en la sala no faltaba nunca una comadrona. Todavía en mayo, al cometer su crimen (y cuando, por consiguiente, se hallaba la acusada en el cuarto mes de su embarazo), yo escribí en mi Diario (por lo demás, de pasada y a la ligera, criticando la rutina y los procedimientos rutinarios de nuestros abogados) las siguientes palabras: «Y eso es lo que desconcierta, pues efectivamente la acción de este monstruo de madrastra resulta ya harto extraña, y puede que requiera un examen minucioso y atento, que hasta podría conducir a aliviarle la pena a la procesada». He ahí lo que escribía entonces. Ahora sigan con atención los hechos. En primer lugar, la procesada se declaró culpable, y eso a raíz de cometido el crimen, denunciándose a sí misma. Declaró entonces, en la comisaría, que ya el día antes pensaba acabar con la hijastra, a la que había cobrado odio por la rabia que le tenía al marido, cuya presencia le impidió llevar a cabo su designio aquella noche.

Al día siguiente, no bien se hubo ido aquel a su trabajo, fue y abrió la ventana, puso a un lado una maceta con flores que había sobre el alféizar, y le mandó a la niña que se subiese a la ventana y mirase hacia abajo. La niña, naturalmente, trepó a la ventana, quizás hasta con gusto, pensando ver Dios sabe qué al pie de aquella; pero no bien se hubo subido, puesta de rodillas en el alféizar y mirado hacia abajo, cuando la madrastra fue y le dio un empujón por detrás, y la niña voló por los aires. La delincuente se quedó mirando caer a la criaturita (según ella misma ha declarado), luego cerró la ventana, se vistió, cerró la puerta y se fue a la comisaría a denunciar lo sucedido.

Tales son los hechos. ¿Hay algo más sencillo? Y, sin embargo, hay en ellos algo de fantástico, ¿verdad? Han inculcado a nuestros jurados, y no pocas veces, por algunas absoluciones de procesados, efectivamente increíbles. En ocasiones hasta se subleva el sentido moral de las personas

imparciales. Comprendemos que es lícito compadecer al delincuente; pero no llamar bien al mal en asunto tan grave como un proceso. Sin embargo, hubo absoluciones casi por este estilo, es decir, que casi llamaban bien al mal, o por lo menos, les faltaba poco. Se manifestó también cierto falso sentimentalismo o incomprensión del principio fundamental de la justicia, incomprensión de lo que en un juicio resulta principal, y que consiste en definir el mal con toda la claridad posible, denunciarlo y calificarlo de tal mal delante de todo el mundo. Que luego todo eso de aliviar la suerte del delincuente, de afanarse por su absolución, etc., son ya otras cuestiones muy hondas y enormes, pero enteramente distintas del hecho del juicio y que se relacionan con otro aspecto de la vida social, aspecto que dista mucho de estar aún definido y formulado entre nosotros, de modo que todavía no hemos dicho sobre el particular la primera palabra. Y cuando se confunden ambas ideas distintas, en los Tribunales, resulta una mezcla extraña. Resulta que el delito no se aprecia como tal delito, antes al contrario, se le dice a la sociedad, y por boca de los jueces mismos, que no hay crimen alguno sino sólo enfermedades debidas a la anormal constitución de la sociedad, idea exacta hasta lo genial en algunos casos particulares y en cierta categoría de fenómenos, pero desde todo punto de vista errónea, en general, pues hay ciertos rasgos que es imposible pasar por alto, ya que entonces despojaríamos al hombre, lo privaríamos de toda personalidad y vida, equiparándolo a una brizna de hierba que se deja llevar del primer viento que sopla; en una palabra: proclamaríamos una nueva naturaleza humana, descubierta por alguna nueva ciencia. Pero esta ciencia no existe, ni siquiera parece que vaya a existir jamás. De modo que todos esos piadosos veredictos del Jurado, en los que a veces se niega el delito claramente probado y confirmado por la plena confesión del delincuente, «no es culpable, no lo hizo, no mató», todos esos fallos benignos (salvo ciertos casos en que, efectivamente, están

justificados) asombran a la gente y la mueven a burla y perplejidad. Pues bien: ahora, al leer la condena de la campesina Yekaterina Kornilova (dos años y ocho meses de presidio), se me ocurrió de pronto pensar: «Ahora era cuando hubieran debido absolver, ahora era cuando debían haber dicho: "No hubo delito, no mató, no la arrojó por la ventana"». Por lo demás, no apelaré a las generalidades ni al sufrimiento para desarrollar mi idea. Simplemente me parece que hasta habría habido un motivo legítimo a más no poder para absolver a la procesada: su embarazo. No hay quien ignore que la mujer en la época de su embarazo (y más si es primeriza), suele estar expuesta a ciertos extraños influjos e impresiones que obran de un modo fantástico sobre su espíritu. Esos influjos toman a veces —aunque, desde luego, muy raramente— formas insólitas, anormales, casi absurdas. Pero ¿qué importa que sólo ocurra así en casos muy raros, esto es, que se trate de manifestaciones extraordinarias? En el caso presente habría sido muy sobrada esa consideración para los llamados a decidir el destino de una criatura humana. El doctor Nikitin, que reconoció a la procesada (después de cometido el delito), declaró que, a juicio suyo, Kornilova consumó su delito con entera conciencia de lo que hacía, aunque admitiendo, sin embargo, que pudiera estar bajo el efecto de la irritación nerviosa y la obsesión. Pero, en primer lugar, ¿qué puede significar en este caso la palabra conciencia? Inconscientemente, rara vez hace nadie nada como no sea en estado de locura, de fiebre, de delirio. ¿Quizá no saben, por lo menos los médicos, que cabe hacer algo de un modo totalmente consciente y que, sin embargo, no nos sea imputable? Y, si no, reparen en los locos: la mayoría de sus actos de locura los realizan con plena conciencia, y los recuerdan; más aún: le dan a usted cuenta detallada de ellos, los defienden, discuten con usted, y a veces, haciendo gala de una lógica que a uno lo deja estupefacto. Cierto que no soy médico, pero recuerdo que, siendo niño, oí hablar de una señora de Moscú que siempre que estaba embarazada,

y en ciertos períodos de su embarazo, sentía una inusitada e irreprimible pasión por el robo. Robaba objetos y dinero a los amigos que iba a visitar, y robaba también en las tiendas adonde entraba a comprar algo. Luego, sus familiares devolvían esos objetos y el dinero a sus dueños. Y, sin embargo, no era pobre ni mucho menos, y poseía cultura, y pertenecía a la buena sociedad; luego que pasaban esos días de tan extraña pasión no se le hubiera ocurrido robar cosa alguna. Todo el mundo decidió entonces, incluso los médicos, que se trataba de un fenómeno pasajero, consecuencia del embarazo. Pero ella, no obstante, robaba conscientemente y dándose cuenta cabal de lo que hacía. Conservaba plena conciencia, sólo que no podía resistir la tentación. Hay que suponer que la ciencia médica no puede hoy mismo decir nada terminante respecto de esos fenómenos. ¿En virtud de qué leyes se producen en el espíritu humano semejantes trastornos, tales influjos e imposiciones, tales demencias sin locura, y qué significan y qué papel desempeña en ellos la conciencia? Pero basta con que se estime indiscutible el hecho de que la mujer, durante el embarazo, se halla expuesta a raros influjos. ¿Y qué importa tampoco el que semejantes fenómenos se produzcan raras veces? Para la conciencia del juez es suficiente, en esos casos, la consideración de que pueden darse. Supongamos que nos contestan: «Pero es que no le dio por robar, como a aquella señora, ni se le ocurrió nada extraordinario, sino que, al revés, hizo precisamente lo que procedía, es decir, que intentó vengarse, sencillamente, del marido odiado matando a la hija de su primera mujer, con la que siempre la estaba abochornando». Pero como quieran: aunque sea comprensible, no es, sin embargo, tan sencillo; por más lógico que eso fuere, convendrán en que, de no estar ella embarazada, no habría habido tal lógica. Voy a decirles lo que habría habido: al quedarse ella sola con su hijastra, llena de amarga irritación contra el marido, se habría dicho: «Voy a tirar a la niña por la ventana para vengarme de él». Lo hubiera pensado, pero no lo hubiese hecho. Habría pecado

mentalmente, pero no de hecho. Mientras que, embarazada como estaba, lo pensó y lo hizo. En ambos casos la lógica es la misma, aunque la diferencia es grande.

Por lo menos, los jurados, al absolver a la procesada, podrían haber alegado: «Aunque esos morbosos impulsos sean raros, a pesar de todo, se dan. ¿Y quién sabe si en este caso no se trata también de uno de esos efectos?». He ahí la consideración. Por lo menos en este caso, todo el mundo se habría explicado la clemencia y no quedaría lugar a discusiones.

¿Y qué importa que puedan incurrir en un error? Mejor es equivocarse en la clemencia que en la severidad, tanto más cuanto que aquí no habría habido medio de comprobarlo. La procesada había sido la primera en declararse culpable; se confesó tal a raíz del delito y volvió a repetir su confesión medio año después, en la Audiencia. De modo que irá a Siberia, considerándose culpable en lo profundo de su alma. Y así morirá, arrepintiéndose en el postrer instante y dando por perdida su alma; y no se le ocurrirá pensar que ningún mal influjo se apoderó de ella estando embarazada, siendo así que él tuvo toda la culpa de todo y que, de no hallarse en tal estado, no habría habido delito...

No; de dos errores, mucho más vale elegir el error en la clemencia. Luego se duerme más a pierna suelta. Pero ¿qué estoy diciendo? El hombre ocupado no se acuerda de la alcoba; el profesional tiene cien asuntos semejantes, y duerme como un lirón cuando se acuesta rendido. Eso otro le sucede al hombre ocioso, que sólo una vez al año se tropieza con un asunto así, y ese es el que tiene mucho tiempo libre para pensar. Se preocupa por esas cosas, de puro no hacer nada. En resumen: que el ocio es la madre de todos los vicios.

Y a propósito: en la Audiencia tenían a mano la comadrona, y fíjense ustedes, al condenar a la procesada condenaron juntamente con ella a su hijo, a un nonato. ¿No es verdad que es cosa rara? Supongamos que no lo es; pero, a pesar de todo, habrán de reconocer que lo parece. Porque,

efectivamente, aun antes de nacer, ya lo han condenado a ir a Siberia con su madre, que es la llamada a darle el alimento. Pero si va con su madre, queda privado de padre; y si se arreglan las cosas, merced a algún expediente, de forma que se quede aquí con su padre (no sé si podrá conseguirse), perderá entonces a su madre. Es decir, antes de nacer ya se ve privado de familia; eso, por lo pronto. Luego, cuando sea mayorcito, se enterará de lo de su madre. Aunque no haya que preocuparse de lo que pase entonces, sino considerar sencillamente las cosas. Considerarlas sencillamente y ahuyentar toda fantasmagoría.

Así se ha de proceder en la vida. Hasta pienso que todas esas cosas que nos parecen muy extraordinarias, en realidad se producen del modo más vulgar y prosaico y hasta indecoroso. Porque, efectivamente, miren ustedes: ese Kornilov vuelve ahora a quedarse viudo pues la deportación a Siberia de su mujer trae consigo la anulación del matrimonio. Y su mujer —que ya no será su mujer— dará a luz dentro de unos días un hijo (porque seguramente alumbrará antes de ponerse en camino), y entre tanto estará hospitalizada en la enfermería de la prisión, adonde la habrán trasladado a estos efectos. Apuesto cualquier cosa a que Kornilov irá a visitarla allí, del modo más prosaico, y quién sabe si llevando de la mano a esa misma nena que la otra arrojó por la ventana. Y ambos cónyuges se pondrán a hablar de las cosas más sencillas y vulgares, del frío horrible que allí hace y de las botas de abrigo que ha de llevar para el viaje. Y es posible que se sientan más unidos que nunca ahora que los van a separar, mientras que antes no hacían más que reñir. Y acaso no se dirijan el uno al otro ni una sola palabra de reproche, limitándose a lamentar la condena y a compadecerse mutuamente. Esa misma niña que lanzó por la ventana, seguramente se escapará de su padre todos los días «para ir a ver a la mámenka y llevarle bollitos». «Tome usted, mámenka. Pápascha le mandó a usted té y azúcar, y mañana vendrá a verla.» Lo más trágico será que se echarán a llorar cuando llegue la hora de despedirse, junto al

estribo del coche, y en la estación, entre la segunda y la tercera campanada, y también se echará a llorar la nena, con la boca hasta las orejas, al verlos, y ellos, seguramente, se harán los dos, por turno, sendas reverencias hasta los pies. «Perdona, Katerina, no me guardes rencor.» Y ella a él: «Perdóname también tú, Vasili Ivánovich (o como se llame); soy culpable para contigo y mi culpa es muy grande». Y en este momento el niño de pecho, que estará presente, ya se lo lleve ella, ya se vaya a quedar con el padre, se echará a llorar también. Nada, que con nuestro pueblo no valen poemas, ¿verdad? Es el pueblo más prosaico del mundo, hasta un punto que da lástima. Porque, díganme ustedes: ¿qué no habría pasado en este caso en Europa? ¡Qué pasión, qué venganza, y todo con qué dignidad! ¡Ea!, ande usted e intente describir este asunto en una novelita, con todos sus pormenores, empezando por la muchacha casada con un viudo y siguiendo por la niña arrojada por la ventana en el momento en que miraba hacia abajo y la madrastra pensaba: «¿La tiro?», y la tiró... Hasta llegar al instante en que compareció ante la Audiencia, con la comadrona al lado, para terminar con los últimos adioses y reverencias. Y todavía nos salen con aquello de: «Yo querría escribir, pero no hay tema». Puede que esto resultara algo mejor que todos esos poemas y novelas nuestros en que aparecen héroes de vida noble y altos sentimientos. Miren ustedes, no comprendo dónde tienen los ojos nuestros novelistas; porque ahí tienen un asunto, ahí podrían describir con todos sus detalles una verdad real. Aunque, después de todo, olvido una antigua regla: no está la cosa en el argumento, sino en saberlo ver; si se lo sabe ver, se lo encuentra; si no, pues como si fueran ciegos, no encontrarán ningún tema. ¡Oh, el modo de ver es lo principal; lo que para unos es un poema, para otros es una molestia!

Pero ¿no podrían ahora suavizar algo la condena de Kornilova? ¿No habría forma de hacerlo? En verdad que ahí ha podido haber error... ¡Vaya, parece que lo ha habido!

2. Excarcelación de la procesada Kornilova

El 22 de abril de este año, en estos Tribunales territoriales, se revisó el proceso de la acusada Kornilova, con nuevos jueces y nuevos jurados. El anterior fallo, pronunciado el pasado año, fue anulado por el Senado, por insuficiencia de peritos médicos. Es posible que la mayoría de mis lectores se acuerde aún de ese proceso. La joven madrastra (que a la sazón era menor de edad), estando embarazada; por rabia contra el marido, que siempre la andaba reprendiendo en nombre de su difunta, y después de un violento altercado con él, fue y arrojó a su hijastra, niña de seis años, por la ventana de un cuarto piso a la calle, produciéndose entonces el casi milagro de que la chica no se estrellara ni se hiciera el menor daño; no tardó tampoco en volver en sí y se encuentra en la actualidad, viva y sana. Esa feroz acción de la joven madrastra fue acompañada de tal aturdimiento y rareza en todos sus demás actos que, involuntariamente, hacían pensar si no estaría en su sano juicio al hacer aquello. ¿No se encontraría bajo la acción de una afección propia de su estado de embarazo? Al despertarse aquella mañana, luego de haberse ido ya el marido al trabajo, fue y despertó a la chica; luego la vistió, la calzó y le dio el café; después abrió la ventana y arrojó por ella a la niña. Sin siquiera mirar hacia abajo, para ver qué habría sido de la criatura, cerró la ventana, se vistió y fue a la comisaría. Allí declaró lo ocurrido, contestando a las preguntas de un modo grosero y raro. Cuando horas después le anunciaron que la chica vivía, sin mostrar alegría ni contrariedad y con la mayor indiferencia y sangre fría y como pensativa, hizo notar: «¡Qué dura es!». Luego, en el transcurso de casi un mes y medio, en las dos cárceles por las que hubo de pasar, siguió mostrándose malhumorada, grosera, taciturna. Y de golpe y porrazo ocurrió que todos los otros cuatro meses, hasta el momento de dar a luz, y todo el restante tiempo, durante y después del primer juicio, la superiora de la sección femenina de la prisión no acababa de elogiarla; se había manifestado con un carácter nuevo, mansa,

afectuosa, sin ceño. En resumen: que el anterior veredicto ha sido anulado, habiéndose dictado otro el 22 de abril, absolviendo a Kornilova.

Estuve presente en la vista de la causa y saqué de allí muchas impresiones. La audiencia duró el doble de tiempo que la vez anterior. La composición del nuevo jurado era muy notable. Llamaron a declarar a una nueva testigo: la directora de la sección femenina de la cárcel. Su declaración, tocante al carácter de Kornilova, fue de mucho peso y favorable para la procesada. También fue muy importante la declaración del marido de aquella; con extraordinaria probidad no ocultó nada, ni los disgustos que le dio ni las ofensas que le infirió a su mujer, a la que disculpó. Dijo todo con sinceridad y buena fe. Es un simple campesino, aunque vista a la alemana, lea libros y cobre treinta rublos de sueldo al mes. Notable fue, además, la elección de los peritos. Se designaron seis doctores, todos conocidos y célebres en Medicina, y de ellos dieron sendos informes cinco; tres manifestaron, sin el menor titubeo, que el estado morbosos inherente al embarazo pudo influir en la consumación del delito en el caso presente. El doctor Forinskii fue el único que discrepó de esa opinión; pero, por suerte, no es psiquiatra, y su dictamen no tuvo trascendencia. El último en declarar fue nuestro famoso psiquiatra Diukov, el cual estuvo hablando cerca de una hora, contestando a preguntas del fiscal y del presidente de la Sala. Difícil imaginar comprensión más sutil del alma humana y de sus estados morbosos. Sorprendieron también al público la riqueza y diversidad de sus observaciones, sumamente curiosas, reunidas en el transcurso de muchos años. Por lo que a mí se refiere, escuché algunas de las manifestaciones del perito, con vivo entusiasmo. Su dictamen fue plenamente favorable a la procesada; firme y demostrativamente sentó la conclusión del estado, indudablemente morbosos, a juicio suyo, en que se encontraba el espíritu de la procesada al cometer su espantoso crimen. Paró la cosa en que el fiscal mismo, pese a su terrible discurso, retiró su acusación de

premeditación, es decir, la más grave de todas. El defensor de la procesada, señor Lustig, refutó también muy hábilmente varias acusaciones, y redujo a cero la principal, o sea el supuesto odio que de antiguo le tenía la madrastra a su ahijada, demostrando con toda claridad que se trataba de un simple chismorreó. Luego, después de un largo discurso del presidente, los jurados se retiraron a deliberar. En menos de un cuarto de hora redactaron un veredicto absolutorio que produjo casi entusiasmo en el numeroso público. Muchos se santiguaron; otros se felicitaron mutuamente, estrechándose las manos. El marido de la absuelta se la llevó a su casa aquella misma noche, ya a eso de las once, y ella, feliz, volvió a entrar en su hogar. Al cabo de casi un año de ausencia, con la impresión para toda su vida de la lección sufrida y la evidencia del dedo de Dios en todo este mundo..., que se manifestó ya desde la milagrosa salvación de la niña.

Las injurias de mis enemigos

Estando prohibido hacer las necesidades en el arroyo, así como el pasear desnudo por las calles, ¿por qué no prohibir también esto...? Se trata también de una necesidad física, nociva y vulgar. El Ministerio público debería de por sí actuar contra ese atentado a la decencia.

ALGO ACERCA DE LOS ABOGADOS

Por lo demás, en particular de los abogados, sólo dos palabras. No he hecho sino tomar la pluma y ya tiemblo. Me ruborizo de antemano por la ingenuidad de mis interrogaciones e hipótesis. Porque sería hartó ingenuo e inocente el que me pusiese ahora a encarecer lo provechosa y simpática que es la institución de la abogacía. Ahí tenemos a un hombre que cometió un delito y no entiende de leyes; está dispuesto a confesar ya su crimen, cuando interviene el abogado y le demuestra que no sólo está en su derecho, sino que hasta es un santo. Le muestra las leyes, le enseña esta u otra sentencia que, de pronto le imprime a la cosa otro cariz, y termina sacando de su aprieto al

desventurado. ¡Cosa simpatiquísima!
Supongamos que pudieran objetarnos,
diciendo que eso es hasta cierto punto
inmoral. Pero ante vosotros tenéis ahora a un
pobre hombre inocente, ya inocentísimo,
aunque había tantas pruebas contra él y el
fiscal las había esgrimido de modo que,
según parece, lo hubiera podido perder por
una culpa ajena. El hombre que digo es un
ignorante, no sabe jota de leyes y se limita a
murmurar: «No sé nada de nada», tanto, que
acaba finalmente por poner de mal humor a
jueces y jurados. Pero surge el abogado que
ha echado los dientes estudiando leyes,
muestra el artículo número tanto del Código,
señala la sentencia tal o cual del
departamento de casación del Juzgado, hace
un lío al fiscal y he aquí a nuestro hombre.
No, eso es útil. ¿Qué sería aquí del inocente
si no hubiera abogados?
Todo esto, lo repito, son consideraciones
ingenuas y que carecen de toda novedad.
Pero, a pesar de todo, es muy agradable eso
de tener abogados. Yo mismo experimenté
esa sensación cierta vez que, dirigiendo una
revista, inadvertidamente, por no haberla
mirado (cosa que a cualquiera le ocurre),
dejé insertar una noticia que no podía
publicarse sino con permiso del señor
ministro de la Corte. Y he aquí que de buenas
a primeras me notifican que estoy procesado.
Yo no quería defenderme; no se me ocultaba
mi delito: había faltado a la ley, sin que
jurídicamente pudiera haber discusión
alguna. Pero los mismos jueces me
designaron un abogado (persona que no me
era del todo desconocida y con la que había
tenido ocasión de encontrarme antes en
cierta Sociedad). Y él hubo de explicarme que
no sólo era yo culpable de nada, sino que
había obrado en pleno derecho, estando él
decidido a apoyarme con todas sus fuerzas.
Yo lo escuché, naturalmente, con
satisfacción; pero al comparecer en juicio
experimenté una impresión totalmente
inopinada: vi y oí cómo hablaba mi abogado,
y la idea de que yo, que era perfectamente
culpable, me hubiera convertido de pronto en
inocente, se me antojó tan chistosa y, al
mismo tiempo, tan interesante que, lo

confieso, aquella media hora que allí pasé la cuento como la más alegre de mi vida, siendo lo malo que no fuera yo jurisperito y no pudiera comprender que era del todo inocente. Desde luego que salí condenado; los jueces tratan con severidad a los literatos; tuve que pagar veinticinco rublos y debí pasar, encima, dos días en prisión donde, por cierto, estuve muy bien y hasta con utilidad, ya que hice algunas amistades. Es en grado sumo admirable que el abogado emplee su trabajo y su talento en la defensa de los desgraciados: es entonces un amigo de la Humanidad. Pero ustedes abrigan la idea de que, a sabiendas, define y justifica al culpable; más aún: que aunque quisiera, no podría hacer otra cosa. Me dicen que los jueces no pueden privar de defensa a ningún delincuente, y que el abogado honrado siempre, en tales casos, se conserva honrado, porque siempre encuentra y define el verdadero grado de culpabilidad de su cliente, sólo que no permite que le impongan un castigo excesivo, etcétera. Así es, aunque tal suposición se asemeje no poco al más desafortunado idealismo. A mí me parece que al abogado le es, a pesar de todo, tan difícil evitar la falsedad y conservar incólumes su honor y su conciencia, como a todo hombre alcanzar el Paraíso. Porque ya hemos tenido ocasión de oír a los abogados jurar, o poco menos, ante los Tribunales, que si se encargaron de defender a su cliente fue únicamente por estar convencidos de su inocencia. Al escuchar tales juramentos, siempre, siempre resuena en nuestro ánimo esta sospecha repelente: «¡Y si mintiera y se hubiese encargado de la defensa por el dinero!»». Y, en efecto, muchas veces resulta después que esos procesados, defendidos con tanto fervor, aparecen plena e indiscutiblemente culpables. No sé si aquí se darán casos de abogados que, queriendo mantener hasta el fin su papel de estar convencidos de la inocencia de sus clientes, se hayan desmayado al escuchar el veredicto condenatorio del Jurado. En verdad, enseguida se recuerda el refrán popular: «El abogado es una conciencia de alquiler»; pero, sobre todo, ocurre la estúpida

paradoja de que el abogado no puede nunca obrar en relación con su conciencia, viéndose obligado a traicionarla aunque no quiera. Es un hombre condenado a no tener conciencia. Finalmente, lo importante y serio en todo esto es que posición tan triste parece impuesta por alguien o por algo, hasta el punto de no considerarse ya una propensión, sino algo enteramente normal.

Riqueza

La riqueza es un robustecimiento del individuo, una liberación mecánica y espiritual y, en consecuencia, un desprendimiento del individuo respecto del todo.

EL TALENTO

¿Qué es el talento? El talento es, ante todo, una cosa muy útil. El literato de talento es capaz de expresarse bien allí donde otro se expresaría mal. Dices que, en primer término, hace falta una dirección, y después el talento. Conforme; yo no me proponía referirme al arte, sino tan sólo a algunas propiedades del talento, generalmente hablando. Las propiedades del talento, generalmente hablando, son muy diversas y, a veces, sencillamente insoportables. En primer lugar, «talento obliga...», ¿a qué, por ejemplo? Pues, a veces, a las cosas más feas. Aquí surge una cuestión insoluble: ¿es el talento el que domina al hombre o el hombre quien domina su talento? A mí, según las observaciones que he podido hacer sobre los talentos, vivos o muertos, se me antoja muy difícil que el hombre pueda dominar su talento, siendo este el que, por el contrario, gobierna a su poseedor y, por así decirlo, le tira de la manga (sí, así como suena), arrastrándolo a gran distancia del verdadero camino. En no sé qué pasaje de Gogol, un embustero se pone a contar no sé qué, y quizá dijera verdad; pero intercalaba tales pormenores en el relato, que no era posible que lo fuera. Cito esto únicamente a modo de símil, aunque hay talentos especialmente fraudulentos. El novelista Thackeray, describiendo un hombre de mundo,

embustero y chistoso, de la buena sociedad y que se trataba con lores, dice que al salir de una reunión gustaba dejar detrás de sí un reguero de risas; es decir que se reservaba la gracia mejor para el final, con objeto de suscitar la risa. Esa misma preocupación puede acabar por hacerle perder toda seriedad a un hombre. Sin contar con que cuando la tal agudeza no sucede espontáneamente, es preciso idearla.

Me dirán que con tales exigencias se hace imposible la vida. Y es verdad. Pero convendrán conmigo también en que raro es el talento que no presenta ese achaque, casi innoble, que siempre influye en el hombre más despejado.

A mis críticos

No persigo honores ni los acepto, y no es en verdad mi intención treparme a las estrellas para orientarme.

EL NACIMIENTO DE UN ESCRITOR

A los hombres nos suele ocurrir una cosa muy particular. Nekrásov y yo nos habremos visto apenas en la vida. Habremos tenido nuestras discrepancias, pero una vez nos sucedió algo que yo nunca he podido olvidar. En aquel tiempo (¡hace ya treinta años!) ocurrió algo tan juvenil, lozano y bueno, una de esas cosas que en el corazón de los interesados perdura indeleblemente.

Teníamos entonces poco más de veinte años. Vivía yo en Petersburgo y hacía un año que había presentado mi dimisión a mi puesto de ingeniero, sin saber por qué, teniendo delante el más vago e incierto porvenir. Era en mayo del año cuarenta y cinco. A comienzos del invierno me había puesto, de pronto, a escribir mi novela Pobres gentes, mi primera obra, pues hasta entonces no había escrito nada. Terminado mi trabajo, no sabía qué hacer con él ni a quién ofrecérselo.

Relaciones literarias no tenía ninguna, quitando, a lo sumo, a D. V. Grigórovich, el cual tampoco había escrito nada todavía, salvo un breve boceto, Gaiteros petersburgueses, que se publicó en un almanaque. Creo que estaba entonces en

vísperas de trasladarse al campo con su familia, y vivía aún por algún tiempo con Nekrásov. Una vez que vino a verme, me dijo: «Lléveme usted su manuscrito (aún no lo había leído); Nekrásov piensa editar el año que viene una recopilación; se lo enseñaré». Le llevé el manuscrito; vi a Nekrásov un momento y le estreché la mano. Yo estaba abrumado por el atrevimiento de haberle llevado mi obra y me fui de allí lo más pronto que pude, casi sin haber cruzado palabra alguna con Nekrásov. Apenas contaba con el éxito, pues aquel partido de Los Anales Patrios, como le llamaban, me daba mucho miedo. A Bielinski lo había leído un par de años antes, con deleite, mas se me antojaba gruñón y terrible, y... "se burlará de mis Pobres gentes», pensaba. Pero sólo a ratos, pues lo había escrito con pasión, casi con lágrimas. «¿Iría a resultar ahora que todo eso, todas aquellas horas que yo pasé, pluma en ristre, escribiendo la novela, era realmente mentira, fantasía, falso sentimiento?» Así pensaba yo, naturalmente, sólo a ratos, pues la desconfianza y la duda estaban siempre al acecho. La noche del día en que dejé allí mi manuscrito fui a ver a un antiguo camarada, que vivía muy lejos; nos pasamos toda la noche hablando de Almas muertas, de Gogol, y leímos ese libro, por enésima vez. En aquel tiempo, eso era frecuente entre los jóvenes: en cuanto se reunían dos o tres, alguno no tardaba en proponer: «¿Quieren ustedes que leamos algo de Gogol, señores?», y, efectivamente, se ponían a leerlo y así se pasaban la noche entera. Había antaño muchos, muchísimos jóvenes que parecían penetrados de alguna cosa y como si esperasen algo. Las cuatro eran cuando volvía a casa, las cuatro de una noche blanca, casi tan clara como el día. Hacía un tiempo extraordinariamente caluroso, y al entrar en casa no me acosté, sino que abrí la ventana y me senté allí. De pronto, suena la campanilla, con no poco asombro de mi parte. Pero enseguida irrumpen en el cuarto Grigórovich y Nekrásov, se me echan encima, me abrazan con verdadero entusiasmo, y poco faltó para que ambos se echasen a llorar. Aquella noche

habían recogido mi manuscrito y empezado a leerlo, para ver de qué se trataba. «Bastará con leer diez líneas.» Pero, después de haber leído las diez líneas, resolvieron continuar leyendo, y así siguieron, ya sin interrupción, toda la noche, hasta la alborada, en voz alta y relevándose mutuamente cuando se cansaban. «Le tocó a él leer lo de la muerte del estudiante —me contó después Grigórovich, cuando nos quedamos solos—, y al llegar a ese punto en que el padre va corriendo detrás del coche fúnebre del hijo, noto que a Nekrásov le tiembla la voz una, dos veces, y de pronto no puede contenerse y da una palmada sobre el manuscrito. "¡Ah, qué hombre!" Se refería a usted; y así transcurrió toda la noche. Luego que terminamos la lectura, de común acuerdo, decidimos venir a buscarle a usted: "¿Qué importa que esté durmiendo? Lo despertaremos. ¡Esto vale más que el sueño!"». Tiempo después, cuando ya llegué a conocer a Nekrásov, recordaba con asombro aquellas horas; es por naturaleza un hombre reconcentrado, casi receloso, cauto, muy poco comunicativo. Tal, por lo menos, me ha parecido siempre, y a juzgar por eso, aquel instante de nuestro primer conocimiento debió de ser en verdad el arrebato de un sentimiento hondísimo. Estuvieron conmigo cerca de media hora, y en aquella media hora hablamos Dios sabe de cuántas cosas, entendiéndonos a media palabra, expresándonos más por exclamaciones que por frases, al vuelo; hablamos también de la poesía, de la verdad y de la situación de entonces, y ni qué decir tiene que de Gogol, citamos partes de su Inspector y de las Almas muertas; pero el tema principal fue Bielinski. «Hoy mismo le llevo su manuscrito, y ya verá usted...; es un hombre...; ¡si usted supiera qué clase de hombre es! ¡ Ya lo conocerá usted, y podrá ver por sí mismo qué alma la suya!», decía Nekrásov, que tenía puestas ambas manos sobre mis hombros y me zarandeaba, lleno de excitación. «Pero, bueno, ahora, a dormir; acuéstese usted, que nos vamos; pero mañana no deje de ir temprano a vernos.» ¡Cómo hubiera podido yo dormir después de

todo aquello! ¡Qué alegría, qué triunfo! Ante todo, recuerdo todavía que lo que más estimaba yo era el sentimiento. «Otros tendrán éxitos, los pondrán por las nubes, acudirán a felicitarlos; pero a mí esos han venido a verme con lágrimas en los ojos, a las cuatro de la madrugada, y a despertarme, porque eso vale más que el sueño... ¡Ah, y qué gusto!» Tales cosas pensaba yo en aquel instante. ¡Cómo iba a poder dormir!

Nekrásov le llevó el manuscrito aquel mismo día a Bielinski. Sentía por él un respeto sin límites; toda su vida le había tenido más cariño que a nadie. Por aquel tiempo no había escrito aún Nekrásov nada de la importancia de lo que luego, de pronto, al año siguiente, escribió. Según mis noticias, Nekrásov había llegado a Petersburgo a los dieciséis años, enteramente solo. Y desde los dieciséis años, o poco menos, escribía. En relación a su conocimiento con Bielinski, no sé mucho; pero Bielinski le tomó desde el principio gran aprecio e influyó no poco en la orientación de toda su obra. Seguramente que habría habido entre ellos, no obstante los pocos años de Nekrásov y la diferencia de edades, momentos y palabras de esas que influyen en nosotros de tal manera que nos unen para toda la vida con lazo indisoluble.

—¡Ha aparecido un nuevo Gogol! — exclamó Nekrásov, alto, al entrar con mis Pobres gentes en casa de Bielinski.

—A ustedes les brotan los Gogoles como las setas —observó Bielinski en tono severo, pero tomó el manuscrito.

Cuando Nekrásov volvió por allí aquella noche, lo recibió Bielinski sencillamente emocionado:

—¡Tráigamelo usted, tráigamelo usted enseguida!

Así que me llevaron a su casa (era ya el tercer día). Recuerdo que al primer golpe de vista me chocó mucho su figura, aquella nariz, aquella frente; no sé por qué me había imaginado de otro modo a aquel crítico terrible, tremendo. Me recibió con un gesto de enorme seriedad y reserva. «Bueno, quizá sea esto lo propio del caso», pensé; pero no había pasado, me parece, un minuto, cuando ya todo había cambiado. Aquella seriedad no

era la premeditada reserva de un personaje célebre, de un gran crítico que recibe a un novel de veintidós años, sino que respondía, por así decirlo, al respeto que le inspiraban los sentimientos que anhelaba comunicarme lo más pronto posible, las graves palabras que pensaba decirme. Rompió a hablar con exaltación y echando fuego por los ojos: «Pero ¿comprende usted mismo —repetió varias veces, según su costumbre de hablar a saltos— lo que ha escrito usted?». (Gritaba siempre de aquel modo cuando le dominaba un sentimiento enérgico.) «Sólo con su instinto inmediato, sólo como artista, ha podido usted escribir eso; pero ¿ha podido usted abarcar también con la razón toda la terrible verdad que nos denuncia? No es posible que usted, con sus veinte años, lo comprenda. Ese desdichado funcionario que usted nos pinta ha llegado al extremo por efecto del continuo servicio; se ha encontrado, por fin, en el caso de no atreverse a considerarse infeliz por pura sumisión, y la más leve queja se le antoja cosa de librepensamiento, eso es, ni siquiera osa creerse con derecho a sentirse infeliz; y cuando un buen hombre, su general, le da aquellos cien rublos, queda deshecho, anonadado de asombro de que un hombre como aquel, Vuestra Excelencia, no Su Excelencia, sino Vuestra Excelencia, como él dice, haya podido compadecerse de su humilde persona. ¡Y aquel botón que se le cae, al momento de besarle la mano al general, ya no es piedad lo que inspira ese desdichado, sino horror, horror!

¡Precisamente en esa gratitud se cifra todo el espanto! ¡Es una tragedia! ¡Usted ha llegado aquí al meollo del asunto! Nosotros, publicistas y críticos, no hacemos más que desvelarnos por expresar eso con palabras; pero ustedes los artistas, de un solo trazo, resaltan palpablemente la esencia misma de la cosa, de modo que parece poder tocársela con la mano, y aun el lector menos avezado a pensar todo, lo comprende enseguida. ¡Tal es el secreto del arte, tal es la verdad del arte!

¡Aquí está el artista al servicio de la verdad!

¡A usted se le ha revelado la verdad, como a artista que es; ha venido al mundo con ese

don; aprecie usted ese don debidamente, séale fiel, y llegará a ser un gran artista!» Todo eso me dijo entonces. Todo eso les dijo también después, hablando de mí, a otros muchos que todavía viven y pueden atestiguarlo. Me separé de él, encantado. Me detuve en la esquina de su casa, contemplé el cielo claro, el día radiante, la gente que pasaba, y sentí plenamente, con todo mi ser, que en mi vida había surgido un instante solemne, un cambio para siempre; que algo nuevo había empezado, pero algo que ni en mis más fogosos sueños me hubiese atrevido a imaginar. (Y eso que entonces yo era un soñador tremendo.) «¿Sería verdad que yo era tan grande?», pensaba, avergonzado, en una suerte de tímido éxtasis. «¡Oh! No se rían ustedes; luego no he vuelto a pensar nunca que fuera grande; pero entonces, ¿quién podía soportar aquello?» ¡Oh, ya me haré digno de esos elogios! Pero ¡qué hombres esos, qué hombres! Sí, son hombres. Quiero merecer esas alabanzas; me esforzaré para ser un hombre tan extraordinario como ellos; seré fiel. ¡Oh, y qué atolondrado soy aún, y si Bielinski supiese lo inútil y torpe que soy! Y todavía dice la gente que esos literatos son soberbios, vanidosos y fatuos. Aunque, después de todo, es verdad que sólo esos hombres son los que hay en Rusia, los que pesan. Están realmente solos, pero tienen a su lado la verdad; y esta y el bien triunfarán siempre sobre el vicio y la maldad. Así que triunfaremos. ¡Oh, por ellos, con ellos! Todo esto pensé entonces. Recuerdo aquel instante con la mayor claridad. Y nunca he podido olvidarlo. Fue el instante más embriagador de toda mi vida. Cuando se me venía al pensamiento en los presidios de Siberia, se me levantaba nuevamente el espíritu. Aun ahora pienso en él con fruición. Y he aquí que hace poco, al cabo de treinta años, se me ha vuelto a representar ese instante, en tanto me hallaba a la cabecera de Nekrásov. Me parecía que volvía a vivirlo de nuevo. Le recordé el episodio a la ligera, diciéndole únicamente que en otro tiempo habíamos vivido algo en común, y pude comprobar que me había entendido.

Verdaderamente, ya lo sabía yo. Al salir del presidio, él me había indicado una poesía suya, diciéndome: «Esto lo hice entonces por usted». Y, no obstante, hemos estado toda la vida separados. En su lecho de enfermo pensará ahora en sus amigos muertos. Sin terminar quedan sus cantos. A traición sucumbieron en la flor de su edad. La maldad acabó con ellos. Desde las mudas paredes, con reproche me miran los retratos de los muertos. Terrible aquí esa frase: con reproche. ¿Fuimos leales, lo fuimos de veras? Allá que lo resuelva cada cual según su juicio y conciencia. Pero lean esas apasionadas canciones, y quiera Dios que de nuevo se reanime nuestro amado y apasionado poeta. Poeta apasionado hasta el dolor... Veneración La altura de un alma puede medirse en parte, sin más, fijándose en hasta qué grado es capaz de inclinarse, y ante quién, con veneración (o devoción).

LA MENTIRA SE SALVA DE LA MENTIRA

(Acerca de Don Quijote)

Don Quijote es un gran libro; es del número de los eternos, de esos con que sólo de tarde en tarde se ve gratificada la Humanidad. Y observaciones análogas respecto de lo más profundo de nuestra humana naturaleza se hallan en ese libro, en cada página. Ya el solo hecho de que Sancho, esa encarnación de la sana razón, de la prudencia y la áurea medianía, se consagrara a ser amigo y compañero de aventuras del más loco de los hombres, él precisamente y no ningún otro, es notable. Se pasa todo el tiempo engañándole como un niño y, no obstante, está plenamente convencido del gran talento de su amo; se conmueve hasta lo patético ante su grandeza de alma, cree a pies juntillas en todos los fantásticos sueños del caballero, y ni una sola vez pone en duda que aquel habrá de conquistar algún día una ínsula para regalársela. ¡Cuan de desear sería que nuestros jóvenes conociesen esa gran

obra! No sé lo que ahora pasará en las escuelas, con la Literatura; pero sí sé que ese libro, el más grande y triste de cuantos libros ha creado el genio de los hombres, levantaría el alma de más de un joven con el poder de una gran idea, sembraría en su corazón la semilla de grandes problemas y apartaría su espíritu de la sempiterna adoración del estúpido ideal de la medianía, del orondo amor propio y la vulgar sabiduría práctica. Ese libro, el más triste de todos, no olvidará el hombre llevarlo consigo el día del Juicio Final. Y denunciará el más hondo, terrible misterio del hombre y de la humanidad en él contenido: que la belleza suprema del hombre, su pureza mayor, su castidad, su lealtad, su valor todo y, finalmente, su talento más grande, se consumen hartas veces, por desgracia, sin haber reportado a la Humanidad provecho alguno, convirtiéndose en un objeto de irrisión, sólo por faltarle al hombre con tan ricos dones agraciado, un don supremo: el genio necesario para dominar la riqueza y poder de esas dotes, gobernarlas y dirigir las —esto es lo principal—, no por fantásticos caminos de locura, sino por la senda recta, empleándolos en el bien de la Humanidad. Pero, desgraciadamente, son tan pocos, tan poquísimos los genios concedidos a las razas y pueblos que, con frecuencia, estamos obligados a presenciar esa ironía del Destino: que la actuación del más noble y ferviente filántropo sea blanco de burlas y pedradas, por no atinar en la hora decisiva con el verdadero sentido de las cosas y no encontrar una palabra nueva. Pero este espectáculo del desperdicio de fuerzas más grandes y nobles puede, efectivamente, inducir a desesperación a más de un amigo de los hombres, moviéndole, no a risa, sino a llanto ardiente, emponzoñando para siempre con la duda su hasta entonces crédulo corazón. Por lo demás, sólo he querido aludir a uno solo de los rasgos característicos de Don Quijote, a una de las observaciones incontables que Cervantes ha hecho sobre el corazón del hombre y expuesto de forma magistral. El hombre fantástico, persuadido hasta la

locura de la más fantástica ilusión que pueda imaginarse, se ve de pronto asaltado por la duda que amenaza dar al traste con toda su fe. Y es notable que lo que motiva esa duda no sea la incongruencia de su locura naciente, ni la descripción de aquellos caballeros que corrían aventuras por el bien de la Humanidad, ni el desatino de los sortilegios de los magos, que refieren esos libros tan fidedignos, sino algo completamente secundario, lo que bruscamente suscita su duda. El hombre fantástico siente de pronto el ansia de realismo. No le desconcierta el hecho de que súbitamente queden tropas enteras encantadas. ¡Oh, eso no le inspira la menor duda! ¿Cómo habrían podido demostrar su heroísmo esos caballeros magníficos si no se hubiesen visto en trances tales, si no hubiesen tenido gigantes y hechiceros malignos y envidiosos de su grandeza? El ideal del caballero andante es tan alto, tan bello y útil, y de modo tal se ha apoderado del corazón de Don Quijote, que se le hace ya imposible renunciar a la creencia incondicional en él, pues eso equivaldría a traicionar el deber y traicionar el amor a Dulcinea y a la Humanidad. Pero cuando, al fin, renunció a todo; cuando se curó de su locura y se convirtió en un hombre listo, no tardó en irse de este mundo, plácidamente y con triste sonrisa en los labios, consolando todavía al lloroso Sancho y amando al mundo con la gran fuerza de aquel amor que en su santo corazón se encerrara, y viendo, sin embargo, que no hacía ya falta alguna en la Tierra. No, lo que le desconcertaba era, sencillamente, una consideración en todo punto exacta, en todo punto matemática: la de que por más poderoso que un caballero fuese, espada en ristre, a descargar mandobles a diestro y siniestro, había de serle, con todo, imposible vencer a un ejército de cien mil hombres, en el espacio de unas pocas horas, y aunque fuese en un día y, además, no dejando con vida a ningún enemigo. Pero ¡así se dice, no obstante, en esos libros fidedignos! ¿Se tratará de una mentira? Pero ¡si esa fuera mentira, todo lo demás lo sería también! ¿Cómo salvar la

verdad? Y he aquí que entonces, para salvar la verdad, idea él otra ilusión, dos, tres veces más fantástica, ingenua y disparatada que la primera: imagina cien mil hombres hechizados, con cuerpos de molusco, que la aguda espada del caballero puede traspasar con facilidad y rapidez diez veces mayores de las que consentirían cuerpos de hombres corrientes. De esta suerte queda satisfecho el realismo, salvada la verdad, y él puede seguir creyendo tranquilamente en la ilusión primera y máxima, y todo esto gracias a la ilusión segunda, mucho más absurda todavía, concebida por él sencillamente para salvar el realismo de la primera.

Recojámonos ahora en nosotros mismos y examinémonos: ¿no nos ha ocurrido a cada uno de nosotros, otro tanto en la vida, un centenar de veces? Supongamos que te has encariñado con un sueño, una ilusión, una idea, una convicción o un hecho externo que hizo mella en tu ánimo, o finalmente, con una mujer que te encantó. Con toda el alma te consagras al objeto de tu amor. Pero, no obstante estar tan enamorados, pese a toda tu ceguera, si hay en ese objeto de tu amor una mentira, una excelencia, algo que tú mismo exageraste y le descubriste en tu primer arrebató de pasión, únicamente para hacer de eso tu ídolo y postrarte ante él, a pesar de todo, en secreto, no dejas de sentir cierto escozor; la duda te atosiga, importuna tu razón, se pasea por tu alma, y no te consiente que vivas tranquilo con tu sueño amado. Pues bien: ¿no recuerdas, no te lo confiesas a ti mismo en tu interior? ¿Qué fue entonces lo que de pronto te sirvió de consuelo? ¿No fuiste y fraguaste un nuevo ensueño, una nueva patraña, acaso horriblemente vulgar, pero en la que te diste prisa a poner tu fe sólo por haber disipado tu primera duda?

CARTAS DE DOSTOIEVSKI

SOBRE CRIMEN Y CASTIGO
A SU HERMANO MIJAIL

Semipalatinsk, 31 de mayo de 1858

La idea fundamental de mi novela es muy feliz; la figura del protagonista, nueva y nunca llevada al libro. Se trata, sin embargo, de una figura muy frecuente hoy en la vida real en Rusia (según infiero de los movimientos e ideas nuevos, que a todos dominan), y estoy seguro de que a mi regreso, lograré enriquecer la novela con nuevas observaciones. No hay que precipitarse, amigo mío, sino procurar hacer algo bueno. Tú me escribes que yo soy muy vanidoso y quiero destacarme ahora con alguna obra de mérito sobresaliente, y que por eso estoy empollando pacientemente, incubando esa obra descollante. Supongamos que sea cierto; pero como yo tengo por ahora el propósito de dejar a un lado las novelas, y sólo trabajo en dos novelas cortas que no pasarán de medianas, no hay que hablar de que empollo. ¿De dónde sacas tú que al primer intento se pueda pintar un cuadro? ¿Cuándo has adquirido esa convicción? Créeme a mí; para todo se requiere trabajo, una labor gigantesca. Ten la seguridad de que cualquier poema gracioso y ligero de Puschkin nos parece ahora a nosotros tan gracioso y ligero precisamente por lo mucho que lo trabajó y corrigió el poeta. Esa es la verdad. Gogol tardó ocho años en escribir su Almas muertas. Todo lo que sale de un tirón está todavía verde. Dicen que en los manuscritos de Shakespeare no se advierten tachaduras. Pues por eso, precisamente, presenta tales monstruosidades y pruebas de mal gusto; si hubiera trabajado más, le habría salido mejor. Tú, sin duda, confundes la inspiración, la primera momentánea aparición de una imagen o un impulso en el alma del artista (cosa que siempre ocurre), con el trabajo. Yo empiezo por escribir cada escena según se me ocurre en el primer momento, y me recreo mucho con ella; pero luego me estoy trabajándola por espacio de meses y hasta de un año. Me dejo entusiasmar por ella varias veces (pues me gusta la escena), y tacho aquí, y pongo allá; y, créeme, la escena siempre sale ganando. Sólo que hay que tener inspiración. Sin inspiración, naturalmente, no se puede hacer nada.

A SU HERMANO MIJAIL

Semipalatinsk, 9 de mayo de 1859

Tú me escribes siempre noticias por el estilo de esas de que a Gonchárov le han dado por su novela siete mil rublos y que Kátcov le ha pagado a Turguéniev cuatro mil rublos por Nido de nobles, o sea cuatrocientos rublos por pliego. (He leído, por fin, la novela de Turguéniev. Es magnífica.) Amigo mío, de sobra sé que yo no escribo tan bien como Turguéniev; pero la diferencia, realmente, no es tan grande, y espero, con el tiempo, escribir tan bien como él. ¿Por qué, estando tan apurado, me avengo a cobrar cien rublos por pliego, mientras que Turguéniev, que posee dos mil siervos, cobra cuatrocientos rublos? Pues por eso mismo de que soy pobre y tengo que trabajar a toda velocidad y por el dinero; así que todo lo echo a perder.

A MIJAIL NIKIFÓROVICH KÁTKOV

(Borrador, 1865)

Estimadísimo Mijail Nikifórovich: ¿Podría yo contar con publicar mi novelita en su El Mensajero Ruso? Llevo ya escribiéndola dos semanas, aquí en Wiesbaden, y estoy a punto de terminarla. Me quedan aún dos semanas de trabajo, acaso más. Pero, de todos modos, puedo asegurarle terminantemente que estará lista dentro de un mes, y podrá tenerla en su poder dentro de ese plazo, sin falta. Hasta donde yo puedo juzgar, esa novela no desentona en modo alguno con la tendencia de su revista; antes por el contrario. Es un estudio psicológico de un crimen. Época, la actual, este mismo año. Un joven de clase media que, expulsado de la Universidad, se encuentra en la mayor miseria. Él sufre el influjo de algunas raras, prematuras ideas que flotan en el aire, y por efecto de su ligereza y la inconsistencia de sus ideas, resuelve salir por una vez, de su vida de apuros. A este fin, decide matar a una vieja, viuda de un consejero, prestamista de dinero. La vieja es tonta, sorda, enferma, avara. Es mala y destruye una vida humana, pues esquilma a una hermana más joven, que le sirve de criada. «Nada vale... ¿Para qué vive? ¿Le es útil a alguien?». Estas preguntas y otras semejantes desconciertan

al joven, el cual decide matarla y robarle, con la idea de hacer feliz a su madre, que vive en la provincia; librar a su hermana, que está de ama de llaves con unos terratenientes, del humillante asedio del cabeza de dicha familia y de las indecentes proposiciones a que estará expuesta toda su vida; terminar él sus estudios en la Universidad y marcharse al extranjero, para ser allí toda su vida una persona correcta, seria, que cumpla sus deberes para con la Humanidad, con lo que, naturalmente, expiará su culpa, sobre todo habida cuenta de que el hecho de suprimir a una vieja estúpida, mala y enferma, que no sabe siquiera para qué está en este mundo y que quizás estaba llamada a morir de muerte natural dentro de un mes, no constituye propiamente un crimen.

Aunque tales crímenes son muy difíciles de consumir, y huellas e indicios salen con facilidad a la superficie, estando además el asesino expuesto al albur de la casualidad que puede delatarlo, logra nuestro hombre, en virtud de esa misma casualidad, llevar a rápido y feliz término su designio. Transcurre luego alrededor de un mes, hasta que llega la catástrofe. No hay quien sospeche de él ni puede haberlo. Y aquí empieza a desarrollarse todo el proceso psicológico del crimen. El asesino se estrella contra problemas insolubles, inopinados; extraños sentimientos le torturan el corazón. La verdad de Dios y la ley de los hombres triunfan por fin, y el hombre termina por comprender que debe denunciarse él mismo. Se ve obligado a ello para expiar su crimen en Siberia, y de este modo, cuando menos, poder luego reintegrarse al mundo de los hombres.

El sentimiento de ser extraño, de estar divorciado de toda la Humanidad, que experimenta a raíz de cometer su crimen, lo tortura de manera indecible. Triunfan la ley de la Naturaleza, la ley de los hombres... Y el criminal decide sufrir todos los martirios con tal de expiar su culpa. Me cuesta mucho trabajo exponerle a usted con toda claridad mis pensamientos.

En mi novela se encuentra, además, una alusión a la idea de que el castigo jurídico de

los delincuentes asusta e intimida a estos mucho menos de lo que el legislador imagina, lo que se debe, en parte, a la razón de que el propio malhechor, de por sí, pide ya moralmente un castigo.

He tenido hartas ocasiones de observar este fenómeno aun en hombres totalmente degradados, y con frecuencia, en forma muy primitiva. Pero yo quería representarlo en el ejemplo de una personalidad altamente desarrollada, de la nueva generación, para hacer resaltar de un modo más claro y comprensible mi idea. Ciertos casos, de un pasado muy reciente, me han convencido de que el argumento de mi libro no tiene nada de excéntrico, pues el detalle de que el criminal sea un joven culto tiene su fundamento. El año pasado me contaron de un estudiante de Moscú que, expulsado de la Universidad a raíz de los sucesos que allí ocurrieron, decidió matar al correo y robar la posta. También en nuestros días leemos muchos ejemplos de ese trastorno moral que conduce a los actos más crueles. En una palabra: estoy convencido de que la actualidad, cuando menos en parte, dará la razón a mi obra.

Ni que decir tiene que, en la precedente descripción del argumento de mi novela falta aún el argumento mismo; pero creo que será muy interesante, aunque respecto de su ejecución artística no soy el llamado a juzgarlo. Con demasiada frecuencia he escrito yo cosas malas, muy malas, por la necesidad de darme prisa y tenerlas terminadas en un plazo fijo. Aunque, después de todo, he escrito esas cosas sin prisa y con mucho fuego. Así que procuraré, aunque haya de escribir esta obra para mí solo, escribirla lo mejor que pueda.

A MIJAIL NIKIFÓROVICH
(Borrador desde Petersburgo)

Estimadísimo Mijail Nikifórovich: Habiendo recibido su contestación a la carta que le escribí desde el extranjero, me creía ya autorizado para suponer que la aceptación de mi novela para El Mensajero Ruso era cosa hecha, por lo que me apliqué con todo entusiasmo a la labor.

Pero como me he dedicado exclusivamente

al trabajo referido, no pudiendo poner mano en ningún otro y, además, no tengo dinero ni nadie a quien pedírselo, para poder vivir mientras termino la obra, estoy hecho, de momento, lo que se dice un mendigo.

Perdone usted que le cuente estas intimidaciones. Ya sabía yo que era usted una bella persona, pero nunca hasta ahora tuve el gusto de conocerlo a fondo. Me dirijo a usted de escritor a escritor, y le ruego que tome cuenta de mi situación. No soy yo solo en el mundo, sino que tengo a mi cargo la familia de mi difunto hermano, que se halla también en la mayor miseria. Además hay otras obligaciones sagradas que no puedo desatender. Sin contar con el menor recurso, siempre obligado a esquilmar los bienes de mis amigos con continuos ataques a su bolsa, a correr de acá para allá tres días enteros para conseguir un rublo prestado, tengo todavía que realizar un trabajo serio, y me hallo expuesto a indecibles torturas morales; me gusta el trabajo en que ahora me ocupo, tengo cifradas en él muchas ilusiones, pero me veré obligado a dejarlo descansar, a perder un tiempo precioso y andar de acá para allá siempre hostigado. Usted es también escritor, usted cultiva las bellas letras, de modo que me comprenderá. ¡Y cómo, en tal situación, me he de aplicar a un trabajo que de suyo es algo poético y requiere, por tanto, sosiego espiritual y cierta inspiración! Mucho tiempo hace ya que hubiera podido enviarle las cuatro partes de que consta la novela, listas ya para mandarlas a imprenta. Todo lo tengo planificado, hasta el menor detalle, si todas esas circunstancias que le digo no me lo hubiesen impedido, estando todavía por terminar la segunda parte.

Además, ni siquiera tengo la certeza positiva de que mi novela vaya a publicarse en su revista, pues en todo caso no se me ha dicho nada respecto de la fecha en que haya de empezar a publicarse. En tan insufrible situación, me dirijo a usted con el ruego siguiente:

Le suplico que me ayude. Por haberme consagrado exclusivamente al trabajo destinado a su revista he tenido que

renunciar a cualquier otro que pudiera proporcionarme recursos, así que hasta he empeñado mi ropa. Por todo lo cual le ruego a usted que me facilite mil rublos adelantados. Como ya tengo recibidos de usted trescientos, sólo le pido en realidad setecientos. De esos setecientos, ruego a usted que me envíe a mí cuatrocientos cincuenta, y doscientos cincuenta a U. R. Basúnov, al que adeudo esa cantidad.

AL BARÓN ALEKSANDR YEGOROVICH WRANGEL

18 de febrero de 1866

En primer lugar, trabajo como un forzado. Estoy escribiendo esa novela para El Mensajero Ruso, una gran novela, en seis partes. A fines de noviembre ya tenía mucho escrito y terminado; pero lo quemé todo, ahora puedo confesarlo. No me gustaba. Se me había ocurrido una nueva forma, un nuevo plan, y lo empecé todo de nuevo. Trabajo día y noche, y la tarea me rinde muy poco.

Según mis cálculos, tengo que enviarle mensualmente a El Mensajero Ruso seis pliegos. Es terrible, y sólo podría hacerlo si tuviese el necesario sosiego espiritual. Una novela es una obra poética, y se necesita tranquilidad de espíritu y fantasía para darle altura. Pero a mí me acosan los acreedores; amenazan con encarcelarme. Hasta hoy no me ha sido posible entenderme con ellos, y no sé realmente si lo lograré, aunque muchos son razonables y aceptan mi ofrecimiento de pagarles en cinco años. Pero con los demás, aún no estoy en regla.

Puede usted figurarse si estaré intranquilo; eso me destroza cabeza y corazón, y llevo muchos días sin poder hacer nada. ¡Anda y ponte a escribir en esas condiciones! A veces es desde todo punto, imposible. Por eso, me es también difícil tener un momento libre para charlar con los viejos amigos. ¡Y, además, la enfermedad! Al principio, a raíz de mi regreso, me hizo sufrir mucho la epilepsia; se habría dicho que quería desquitarse de los tres meses que me había dejado en paz. Pero ahora, desde hace un mes, me atormentan las hemorroides. Usted, probablemente, no tiene la menor idea de esa enfermedad ni de

lo que son sus ataques. Yo llevo ya tres años que se han propuesto atormentarme dos veces al año: en febrero y en marzo. Y figúrese usted: catorce días (!) sin poder tomar la pluma, sentado en un diván. Ahora, durante los últimos catorce días, tendré que escribir cinco pliegos. ¡Y tener que estar acostado, cuando se está orgánicamente sano, sólo porque no puede uno mantenerse en pie ni sentado, pues inmediatamente que se levanta del diván le entran los retortijones...!

Hace dos semanas se publicó la primera parte de mi novela, en el número de enero de El Mensajero Ruso. Me refiero a Crimen y castigo. Ya he oído algunos juicios halagadores acerca de ella. Se dicen allí, cosas atrevidas y nuevas.

A ALEKSANDR PÉTROVICH MILIUKOV
Moscú, junio de 1866

Liubímov, director de El Mensajero Ruso, no quiere publicar uno de los cuatro capítulos que tiene en su poder, y Kátkov confirma su decisión. He tenido una charla con ambos, pero siguen en sus trece. Sobre el capítulo de referencia, nada puedo decir. Lo escribí con verdadera inspiración, pero puede que me saliera mal; sólo que sus remilgos no son por el valor literario de aquel, sino por la moral.

En este sentido, yo tengo razón; el capítulo no contiene nada inmoral, sino todo lo contrario; pero ellos son de otro parecer y hasta ven en él indicios de nihilismo.

Liubímov me ha manifestado definitivamente que debo rehacer el capítulo. Transigí, y el rehacer ahora ese largo capítulo me ha costado el mismo trabajo que hacer otros tres; pero ya lo rehice y lo entregué. Por desdicha, no he podido volver a ver desde entonces a Liubímov, y no sé si han quedado contentos de mi refundición o si hay que modificar más el capítulo. Así ocurrió con otro capítulo. Liubímov me dijo que había tachado mucho, aunque no me importó, pues había suprimido un pasaje que no tenía nada esencial.

No sé qué pasará ahora, pero las discrepancias de opinión que por culpa de esta novela han surgido entre la Dirección y yo empiezan a molestarme.

A N. U. LIUBÍMOV

8 de julio de 1866

Mi estimadísimo Nikolai Aleksiéyevich: Me he retrasado en un día; pero, en cambio, he reescrito mucho; esta vez creo que habré dado en el clavo.

El bien y el mal están muy separados y es totalmente imposible mezclarlos y emplearlos a la inversa. He hecho también las enmiendas que usted me indicó y creo que con creces. A propósito, le agradezco a usted el haberme dado ocasión de volver a repasar el manuscrito. Puedo afirmar resueltamente que yo mismo, por mi parte, lo hubiera corregido. Ahora tengo que pedirle un gran favor: ¡por Cristo, deje usted todo lo demás tal y como está! Yo he hecho todo cuanto usted ha querido; todo está deslindado, definido y claro. La lectura del Evangelio tiene ahora otro color. En una palabra: ¡déjeme que confíe en usted; tome usted bajo su protección mi pobre poema, mi buen Nikolai Aleksiéyevich!

El cuarto capítulo se lo enviaré en seguida, pero no antes del miércoles. Si fuera posible, lo tendría usted el martes. Pongo todo mi empeño en no perder tiempo.

Muy rendidamente suyo.

F. Dostoievski

A N. U. LIUBIMOV

Petersburgo, 9 de diciembre de 1866

Le escribí a usted, diciéndole que en este mismo mes le mandaría la tercera parte de Crimen y castigo, pero no antes del día 15, si la Dirección lo deseaba.

En este caso, sólo podría darle algunos capítulos de unas proporciones no superiores a dos y medio o tres pliegos. Si usted me escribe diciéndome que los envíe, lo haré. Pero yo quisiera saber si no podríamos seguir este plan: incluir en el número de octubre una advertencia anunciándole al público que, el final de Crimen y castigo saldrá este año, sin falta, y darlo en los números de noviembre y diciembre. Le digo esto, única y exclusivamente, porque de este modo sería incomparablemente mayor la impresión que la novela le haría al público; perdone usted esta vanidad de autor y no la tome a risa, pues en verdad es perdonable. Podrá no

tener éxito mi novela; pero a mí, que soy quien la escribe, se me debe perdonar —ya que hasta lo necesito—, que me prometa un triunfo. De otra suerte, no habría escritor que tomase la pluma. En una palabra: que quisiera poder conducir mi novela de modo que hiciese una impresión nueva y diese tanto que hablar como al principio.

De no ser por eso, no me atrevería a molestar a la Dirección, por lo que aguardo la decisión de usted. Lo que usted diga, eso haré. Entretanto, trabajo sin parar. Para salvarme, he escrito en menos de un mes diez pliegos de una intensa novela para el editor Stellovskii. Pero ¡qué diferencia de un trabajo a otro...!

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV
Dresde, 7 de enero de 1871

Queridísimo Apollon Nikoláyevich: Recibo su cartita y celebro mucho que haya recibido una citación referente a mis asuntos. Le ruego una vez más que lea usted la copia del contrato de edición de Crimen y castigo, por la que se enterará a fondo de todo. Ahora voy a decirle lo siguiente: el no haber usted encontrado a Stellovskii por siete veces es señal de que se ha dado cuenta del objeto de sus visitas, y estoy seguro de que no quiere dar el dinero; pero, al fin y al cabo, no tendrá más remedio que pagar, porque ¿qué otro recurso le queda? Pero ¿cuándo lo hará?

Probablemente, le será ventajoso aplazar el pago indefinidamente, y apelará a todos los medios. Por eso no se debe proceder contra él directamente; a mi carta (que usted le entregó) no me ha contestado. De modo que usted se ha tomado un trabajo inútil, y yo me quedo sin cobrar. Por esto le aconsejo lo siguiente: sin renunciar a los derechos de los poderes que le he conferido para cobrar esa cantidad, cosa que especialmente le ruego, pues él debe saber que se ha encargado del asunto una persona decente y un hombre influyente en el medio literario (eso les mete miedo a esos sujetos), asesórese con un abogado experto, pues no ha de haber ningún proceso serio sin un abogado que sepa cómo se puede sacar el dinero, qué medios de coacción pueden emplearse y cómo se puede echar mano de la Policía; un

hombre, en suma, que esté al tanto de todas esas cosas prácticas. Esos hombres abundan mucho en Petersburgo. Aquí se necesita un picapleitos listo. Claro que no ha de ponernos una minuta muy elevada. Pero como se trata de un asunto seguro, puede cobrarnos barato. Cuando ese abogadito lo haya puesto en el trance de pagar o apechugar con un proceso, pudiendo salir condenado al pago de una multa convenida, creo que se apresurará a soltar la plata. Así que hay que llevar las cosas de un modo, por decirlo así, policíaco, para que en seguida se percate de que tiene que vérselas con un picapleitos de cuidado. De eso, naturalmente, usted no se puede encargar, por lo que convendría que buscara un representante. Pero yo le ruego muy encarecidamente que no deje en su mano la suprema dirección de este asunto.

El abogado que digo deberá proceder en nombre de usted; mas el dinero lo ha de recibir usted en propia mano y no confiárselo a nadie. Se lo ruego encarecidamente...

SOBRE EL IDIOTA

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV

Ginebra, 16 de agosto de 1867

Ya comprenderá usted el fundamento de todas mis esperanzas; claro que todo esto sólo podrá cuajar y dar sus frutos con una condición: que mi novela me salga bien. Por eso debo poner todo empeño en la tarea. ¡Ay, amigo mío, cuánto, pero cuánto me pesa haberme entregado hace tres años a esas locas ilusiones de que podría pagar todas esas deudas y haber firmado tantos pagarés! ¿De dónde saco yo ahora la energía y vitalidad necesarias? La experiencia ha demostrado que puedo alcanzar un éxito; pero ¿a condición de qué? Pues a condición únicamente de que gusten todas mis obras y despierten el máximo interés del público; de lo contrario, todos mis castillos se derrumban. Pero ¿es eso posible? ¿Está sometido a algún cálculo?

A SU SOBRINA SOFÍA ALEKSÁNDROVNA
IVANOVJMIROV

Ginebra, 1 de enero de 1868

De mi trabajo depende toda mi suerte. No sólo le he tomado adelantado a El Mensajero Ruso cuatro mil quinientos rublos, sino que

también le he prometido a la Dirección, bajo palabra de honor y en todas mis cartas vuelvo a repetírselo, que escribiré realmente la novela. Pero pocos momentos antes de enviar el manuscrito a la revista tuve que romperlo en su mayor parte, pues ya no me gustaba (cuando a uno no le satisface su trabajo, no es posible que esté bien). He destruido la mayor parte del manuscrito. Pero de esa novela y del pago de mi deuda dependen toda mi vida y todo mi porvenir. Hará tres semanas pensé otra novela y me puse a escribir día y noche. La idea de la novela es una idea antigua y que siempre me sedujo, pero es tan difícil que hasta aquí no me atreví a desarrollarla; y si ahora me he decidido a ello ha sido por lo desesperado de mi situación. La idea fundamental es la representación de un hombre verdaderamente perfecto y bello. Y esto es más difícil que todo, especialmente hoy. Todos los poetas, no sólo de Rusia, sino también de fuera de Rusia, que han intentado la representación de la belleza positiva no lograron su empeño, pues era infinitamente difícil. Lo bello es el ideal; pero el ideal, tanto aquí como en el resto de la Europa civilizada, ya no existe.

Sólo quería decir que de cuantas figuras bellas hay en la literatura, la de Don Quijote se me antoja la más perfecta. Pero Don Quijote sólo es bello por ser al mismo tiempo ridículo. También los Pickwicks de Dickens (se trata de una obra mucho más floja que el Quijote, pero también poderosa) son grotescos, y eso es precisamente lo que les confiere su gran valor. El lector experimenta piedad y simpatía por el hombre bueno burlado e inconsciente de su bondad. El secreto del humor se cifra precisamente en el arte de inspirarle al lector simpatía. Yo no he encontrado nada semejante, nada positivo, y por eso temo tener que apechugar con un posible fiasco. Detalles aislados puede que me salgan bien; pero me temo que la novela resulte aburrida. Tendrá que ser muy larga. La primera parte la escribí en veintitrés días, y ya la envié. Esa primera parte no producía efecto. Es, naturalmente, un simple proemio; tiene de bueno que no compromete en modo

alguno el resto de la obra; pero no explica nada ni plantea ningún problema. Lo único que deseo es que despierte algún interés en el lector, para que lea la segunda parte. Esta segunda parte la empiezo hoy y la tendré terminada dentro de cuatro semanas (siempre he trabajado muy de prisa), y creo que resultará más fuerte e importante que la primera. Pero, querida amiga, ¡haga usted votos por que obtenga algún éxito! La novela se titula El idiota y va dedicada a usted, Sofía Aleksándrovna Ivánov. Yo, querida amiga, pido al cielo que el libro tenga tanto éxito que sea digno de esa dedicatoria. Pero yo no soy quién para juzgar mi trabajo, y menos todavía con lo excitado que estoy...

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV
Ginebra, 12 de enero de 1868

Ha sido, pues, así: he trabajado y me he atormentado. ¿Sabe usted lo que es eso de crear? ¡No, usted, gracias a Dios, no lo sabe! Por encargo y a tanto la línea, no creo que usted haya escrito nunca ni experimentado, por consiguiente, ese infernal suplicio. Al tomarle yo tanto dinero adelantado a El Mensajero Ruso (¡un horror!: cuatro mil quinientos rublos), me hacía la ilusión de que a principios de año la musa no me dejaría en la estacada, sino que me encandilarían las ideas poéticas y así me mantendrían hasta el final del año, con lo que yo podría salir de todos mis apuros. Tenía tantas más esperanzas de que así fuese, cuanto que en mi cabeza y en mi corazón empezaban a apuntar gérmenes de ideas artísticas y a dominar mis sensaciones. Pero la cosa se quedó en ciernes, mientras que lo que yo necesito es una verdadera encarnación, que siempre surge inesperada y súbita, de suerte que momentos antes no habríamos podido sospecharla; sólo cuando en nuestro interior ha cuajado un cuadro completo es cuando podemos pasar a tratar de darle forma artística. Sólo en ese caso se puede contar, sin miedo a equivocarse, con un éxito. Nada; que todo el verano y todo el otoño me los pasé discurriendo toda suerte de ideas (algunas muy interesantes); pero cierta experiencia me hizo sentir la falacia o la dificultad, cuando no la poca fuerza, de

muchas ideas. Hasta que, por fin, opté por una de ellas, me puse a trabajar, y ya llevaba mucho escrito cuando, el pasado de diciembre, fui y mandé todo al diablo y rompí el manuscrito. Le aseguro a usted que la novela habría podido pasar; pero a mí me perturbaba, precisamente por ser solamente mediana y no positivamente buena.

Ya hacía mucho tiempo que se me había ocurrido una idea; pero me arredraba la de hacer de ella una novela, pues el argumento es bastante difícil, y no estoy yo preparado para tocarlo, pese a ser tentador y gustarme mucho. Esa idea es la de presentar a un hombre completamente bueno. A mi juicio, no hay nada más difícil que eso, sobre todo en los tiempos que corren. Claro que usted estará de acuerdo conmigo. Esa idea se me ocurrió ya antes en cierta forma artística, pero incompleta y no cuajada y total, como yo quería. Sólo mi desesperada situación ha podido obligarme a echar mano de una idea todavía verde. Yo me arriesgaba como en la ruleta. ¡Puede que mientras escribo me vaya saliendo! ¡Eso es imperdonable!

El plan, en general, lo tengo bien trazado; vislumbro detalles que me seducen mucho y mantienen en mí el fuego. Pero ¿y el todo? ¿Y el héroe? Pues el conjunto se condensa para mí en la figura del héroe, que así han venido las cosas. Tengo que delinear bien esa figura. ¿O me irá brotando de la pluma? Figúrese usted qué cosas tan horribles se han ido presentando de suyo; ahora, además del héroe, ha surgido una heroína, así que ya son dos figuras principales. Y, además de esos héroes hay ya otros dos caracteres sumamente importantes, dos casi protagonistas (figuras secundarias, que he de describir con mucha exactitud, hay una muchedumbre; tenga usted en cuenta que la novela ha de tener ocho partes). De esos cuatro héroes, hay dos que los veo muy bien; uno de ellos aún no tiene forma, y el cuarto, el principal, el verdadero héroe, todavía está muy confuso. Quizá lo tenga muy metido en lo hondo, pero es terriblemente difícil; sea como fuere, yo debía haber dispuesto de doble tiempo para ponerme a escribir. La primera parte, a mi juicio, resulta floja. Pero

creo que aún hay una salvación, porque no hay nada comprometido, y en las partes sucesivas podría arreglarlo todo satisfactoriamente (¡oh, si me saliese bien!). La primera parte es, en realidad, una simple introducción. Sólo hace falta una cosa: que siquiera despierte el interés por lo que sigue; pero sobre este punto yo no puedo aventurar ningún juicio. Sólo tengo un lector: mi esposa. A ella le gusta mucho, pero en mis cosas no es juez.

En la segunda parte tendrá que quedar todo definitivamente arreglado (pero durante mucho tiempo no se podrá decir nada). Hay allí una escena (una escena fundamental); mas ¿cómo saldrá? Aunque en el boceto me ha salido muy bien. Todo, pues, queda fiado al porvenir; pero espero de usted un juicio severo. La segunda parte será la decisiva; es la más difícil. Escríbame también su opinión sobre la primera parte (aunque sinceramente sé que es mala, igual escríbame usted). Le ruego además que me diga, en cuanto salga El Mensajero Ruso, si publica mi novela. Tengo todavía un miedo horrible por si la habré enviado demasiado tarde. Me es absolutamente preciso que salga en enero. Así que, por el amor de Dios, escríbame usted aunque sólo sean dos líneas.

Al enviarle a Kátkov la primera parte, le escribí también sobre la novela lo mismo, más o menos, que a usted. La novela se titula El idiota. Por lo demás, nadie puede ser juez de sí mismo, sobre todo cuando está excitado. Puede que tampoco la primera parte sea mala del todo.

El no haber desarrollado en ella el carácter principal cae dentro de las líneas generales del argumento. Por eso espero su opinión con ansiosa impaciencia.

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV
Ginebra, 18 de febrero de 1868

He estado todo en suspenso, con mi cerebro y todas mis facultades puestas en la segunda parte de mi novela, a la que ya terminé. No quería estropearla definitivamente..., pues todo depende del éxito. Ahora ya no aspiro al éxito, sino tan sólo a evitar un fiasco definitivo; en las partes siguientes podré enmendarme aún,

pues la novela será larga. Por último, envié también la segunda parte (me he retrasado mucho pero creo que todavía llegará a tiempo). ¿Qué voy a decirle a usted? No puedo juzgarme a mí mismo, pues he perdido ya todo criterio.

Estoy satisfecho del final de la segunda parte. Me agrada a mí, pero ¿qué les parecerá a los lectores? Con lo demás me ocurre lo que con la primera parte: lo encuentro flojo. A lo más que aspiro es a que el lector no se aburra mucho... Más no pido. Querido amigo: Usted prometió enviarme su opinión en cuanto hubiese leído la primera parte. Así que todos los días voy al correo; pero no hay allí ninguna carta suya, y eso que usted seguro que recibió El Mensajero Ruso. De donde yo saco la conclusión de que la novela es floja y usted, en su delicadeza, encuentra desagradable y penoso decirme la verdad en mi cara, y por eso difiere el escribirme. Pero esa verdad es precisamente lo que yo necesito. ¡Estoy muy ansioso por oír el juicio de alguien! Lo contrario es, sencillamente, un suplicio.

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV
Bevey, 4 de junio de 1868

Y, sin embargo, no puedo emprender cosa alguna hasta terminar la novela. Pero luego, sea como fuere, volveré a Rusia. Para terminar la novela tengo que estar sentado diariamente, por lo menos ocho horas a la mesa de escribir. Mi deuda con Kátkov la tengo ya medio cancelada. También liquidaré lo que queda. Escíbame usted, amigo mío; escíbame, por el amor de Dios. En los cuatro capítulos que leerá usted en el número de junio describo algunos tipos de los más extremistas, de la moderna juventud positivista. Me consta que los he descrito bien (pues los conozco por experiencia; nadie, hasta aquí, los había estudiado ni observado); pero sé también que todos van a ponerse hechos unas furias y a decir: «Absurdo, ingenuo, estúpido y falso».

A NICOLAI NIKOLÁYEVICH STRÁJOV
Florenia, 11 de diciembre de 1868

Me he decidido a tenerlo todo listo para el número de diciembre, así la cuarta parte como el final, pero a condición de que el

referido número se retrase un poco. Tendré que escribir todo en cuatro semanas, a contar desde hoy.

He comprendido de pronto que estoy en condiciones de hacerlo así, sin detrimento de la novela, a lo cual contribuye el que todo lo que queda lo tengo más o menos planeado y me sé de memoria hasta la última palabra. Si El idiota tiene lectores, quizá les sorprenda a estos lo inesperado de su final. Sólo después de recapacitar un poco reconocerán que no podía acabar de otro modo. En general, puede decirse que este final es de los logrados, como final, se entiende. No hablo del valor de la novela en sí; pero cuando la haya terminado le escribiré a usted, como amigo, un día u otro, lo que de ella pienso.

A SU SOBRINA SOFÍA ALEKSÁNDROVNA
IVÁNOVMIROV

Florenia, 6 de febrero de 1869

No estoy satisfecho con mi obra, pues no digo en ella ni la centésima parte de lo que hubiera querido decir. Muchas cosas están lanzadas allí aprisa y de cualquier modo; otras resultan muy deslucidas o, en general, fallidas. Pero no me hago ningún reproche y sigo amando hoy mismo esas malogradas ideas.

Tampoco, desde el punto de vista del público, el libro resulta de gran efecto; es por eso que la segunda edición, si llega a hacerse, me producirá tan poco, que apenas tendré con ello algo para empezar.

De Petersburgo me escriben con toda franqueza que El idiota presenta muchos defectos y que, en general, ha merecido juicios desfavorables; pero que todos cuantos leen el libro lo han seguido con vivo interés. Eso era todo cuanto yo quería.

Respecto de sus defectos, ni a mí mismo se me escapan. Tan enfadado estoy conmigo mismo por eso, que de buena gana habría escrito una crítica del libro. Strájov me enviará pronto su opinión sobre El idiota; ya sé que no es del bando de mis partidarios.

Por esta razón, la vida en el extranjero se me hace cada día más insufrible. Debe saber usted que para poder regresar a Rusia necesito disponer de seis mil, o por lo menos cinco mil rublos. Yo contaba con el éxito de El

idiota. Si hubiese sido tan grande como el de Crimen y castigo, tendría esos cinco mil rublos. Ahora toda mi esperanza tengo que ponerla en el porvenir. Sabe Dios cuándo podré volver. Pero no tengo más remedio que retornar a Rusia.

A NICOLAI NIKOLÁYEVICH STRÁJOV

Florencia, 10 de marzo de 1869

Estos últimos tiempos, mes y medio, estuve muy ocupado con la terminación de El idiota. Escríbame usted su opinión, según me prometió; la aguardo con ansia. Yo tengo mis ideas propias sobre la creación en arte, y aquello que los demás califican de casi fantástico y excéntrico constituye para mí muchas veces lo más característico de la realidad.

La cotidianeidad de los fenómenos y un modo convenido de considerarlos no es, a mi juicio, realismo, sino todo lo contrario. ¡En cualquier periódico hallará usted relatos de los sucesos más reales y al mismo tiempo los más extraordinarios!

A nuestros escritores todo eso les parece fantástico; no entienden una palabra, pues precisamente son realidad, son hechos. Pero ¿quién va a fijarse en ellos, a iluminarlos y escribirlos? Son cosas de todos los días y todas las horas, y en modo alguno excepciones.

¡Qué estrechez y pequenez en el modo de considerar y penetrar la realidad! Y siempre lo mismo, lo mismo. Así dejamos que toda la realidad nos pase por delante de los ojos, sin verla. ¿Quién va a fijarse en los sucesos y a ahondar en ellos? Del cuento de Turguéniev no quiero hablar... El diablo sabrá lo que ha querido decir. ¿Conque mi idiota no es realidad y de la más cotidiana? Sí; precisamente ahora deben darse tales caracteres en nuestras capas sociales divorciadas del terruño, en esas clases sociales que efectivamente se nos antojan fantásticas. Pero ¿para qué hablar de eso? Hay mucho en la novela escrito a toda velocidad y mucho malogrado; pero también hay en ella mucho logrado. Defiendo, no mi novela, sino mi idea...

A SU HERMANA VLERA Y A SU SOBRINA
SOFÍA ALEKSÁNDROVNA IVÁNOVMIROV

Dresde, 7 de mayo de 1870

Con lo único que yo puedo contar es con mis trabajos literarios. Ya hace tres años, al salir de Rusia, me hacía las mismas ilusiones. Había publicado entonces una novela con mucho éxito y se comprende, por tanto, que tuviese la esperanza de escribir otra novela que permitiese pagar en un año a todos mis acreedores. Pero como pagué a tres de ellos, por aquella época, siete mil rublos de un golpe, los otros cayeron sobre mí: ¿por qué había yo pagado a aquellos tres y no a todos? Me citaron a juicio, y yo me di prisa a venirme, con la ilusión de escribir en un año otra novela y pagar a todos. Pero tal ilusión resultó vana. Mi novela fue un fiasco y además ocurrió algo que yo no había previsto: como tuve que vivir tanto tiempo lejos de Rusia, perdí el don de escribir regularmente; así que no podía ya contar con una nueva obra (las dificultades son más bien de índole material que espiritual, pues mientras viva en el extranjero no puedo formar juicio personal alguno sobre los más vulgares sucesos de la actualidad). Aunque El idiota haya sido un fiasco, muchos editores querrían comprarme los derechos para una nueva edición; me han ofrecido, relativamente, mucho: mil quinientos a dos mil rublos...

SOBRE DEMONIOS

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV

Dresde, 19 de diciembre de 1869

Pero después, dentro de tres días, me pondré a trabajar en la novela destinada a El Mensajero Ruso. Pero no vaya usted a creerse que yo hago buñuelos; por feo y antipático que pueda parecer lo que escriba, la idea de la novela y su elaboración son para mí, pobre autor, máspreciadas que todo en el mundo. ¡Este no es ningún buñuelo, sino la idea más querida y más rancia! Naturalmente que lo echaré a perder; pero ¡qué hacerle...!

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV

Dresde, 12 de febrero de 1870

Vuelven a darme los ataques, después de una larga pausa, y a estorbarme mi trabajo. Se me ha ocurrido una idea grande; no hablo de la ejecución, sino de la idea en sí. Se trata de algo por el estilo de Crimen y castigo, pero

mucho más aproximado a la realidad y atinente a la cuestión más principal de nuestra época. Lo tendré terminado para el otoño; no ando con precipitación.

Me costará trabajo darle salida en dicha época; pero si no lo consigo es igual. Espero ganar con esa novela tanto dinero como con Crimen y castigo, por lo menos. Así que tengo el propósito de poner a fin de año todos mis asuntos en regla y volver a Rusia. Sólo que el tema es demasiado candente. Pero basta. Mis interminables cartas van a acabar con usted...

A NICOLAI NIKOLÁYEVICH STRÁJOV

Dresde, 24 de marzo de 1870

También yo tengo cifradas grandes esperanzas en la novela que ahora estoy escribiendo para El Mensajero Ruso. Me refiero, no a la parte artística, sino a la tendencia; quiero expresar ciertas ideas, aunque se vaya a pique todo lo artístico. Las ideas que se han ido acumulando en mi cabeza y en mi corazón reclaman salida. Aunque sólo resulte un panfleto, diré allí todo lo que tengo en el alma. Confío en el éxito. Aunque ¿quién se pone a trabajar sin esperanzas de éxito?

A SU SOBRINA SOFIA ALEKSÁNDROVNA
IVÁNOVJMIROV

Dresde, 7 de mayo de 1870

He elaborado ya el plan de una nueva novela cuyo éxito considero totalmente seguro; pero no puedo decidirme a escribir aquí, por lo que tendré que dejarlo para más adelante. Por el momento, estoy escribiendo una historia muy rara para El Mensajero Ruso, al que ya le cobré un anticipo. ¿Sabe usted, mi querida Sónechka, lo que me escribe sobre mi nueva novela, aquí compuesta? Se admira usted de que pueda yo comprometerme a escribir obras de esa índole en un plazo determinado. Pues todavía más difícil es el trabajo que ahora estoy haciendo para El Mensajero Ruso. Tengo que meter en veinticinco pliegos un asunto que, cuando menos, requeriría cincuenta; pero tengo que avenirme a eso, porque en tanto esté en el extranjero, no puedo escribir otra cosa.

A SU SOBRINA SOFÍA ALEKSÁNDROVNA

IVÁNOVMIROV

Dresde, 17 de agosto de 1870

Si usted supiera, Sónechka, cuánto cuesta ser escritor, es decir, ¡cargar con la suerte del escritor! Mire usted: yo estoy seguro de que si dispusiese para escribir una novela, de dos a tres años —lujo que pueden permitirse Turguéniev, Gonchárov y Tolstoi— me saldría una obra de la que se hablaría aún pasado un siglo. No es jactancia: consulte usted su conciencia y los recuerdos que tiene de mí y dígame si alguna vez me he alabado. La idea de la novela es tan buena y tan principal que ante ella me quito el sombrero. Pero ¿qué va a salir de ahí? Desde ahora ya puedo decirlo: en ocho o nueve meses habré terminado la novela, echándolo a perder todo. Una obra así requiere, por lo menos, dos o tres años. (Será, además, muy larga). Puede que algunos detalles y algunos personajes aislados no me salgan mal, pero sólo en boceto. Muchas cosas quedarán a medio hacer, y otras resultarán demasiado prolijas. Será imposible que pueda poner muchas bellezas en la obra, pues la inspiración depende en muchos sentidos del tiempo que se tiene para el trabajo. Y, sin embargo, yo no suelto la pluma. ¡Es horrible, viene a ser igual que un suicidio consciente! Pero no es eso lo principal, sino que todas mis cuentas se han venido abajo. A principios de año yo tenía la firme esperanza de poderle enviar para el 1 de agosto parte considerable de la novela a El Mensajero Ruso, y de este modo mejorar mi situación. Pero ¿qué voy a hacer ahora? Al menos hasta principios de septiembre no podré enviarle a la revista una cantidad, y pequeña, de original (yo quería mandarle mucho, a fin de tener algún motivo para pedirles dinero) y en esas condiciones me da empacho pedirles ningún anticipo; la primera de las cinco partes que comprenderá la obra sólo hará siete pliegos; ¿cómo pedirles algo? Así que todas mis cuentas se han venido abajo y no sé, de momento, cómo voy a vivir. ¡Y en esta disposición de ánimo, tome usted la pluma y póngase a trabajar...!

A MIJAIL NIKIFÓROVICH KÁTROV

Dresde, 8 de octubre de 1870

Estimado y admirado Mijail Nikifórovich:

Hoy envió a El Mensajero Ruso sólo la primera mitad de la primera parte de mi novela Demonios, pero en seguida remitiré también la otra mitad. La novela constará en total de tres partes, cada una de las cuales tendrá de diez a doce pliegos. De ahora en adelante, no habrá ya más retrasos en los envíos.

Caso de que no vaya usted a mandar mi novela a impresión hasta el año próximo, no estará de más que le exponga en unas palabras el argumento de la novela. Entre los sucesos descollantes que han podido influir en mi narración ha de incluirse el célebre asesinato de Ivánov por Nescháyev, en Moscú. Me apresuro a declarar que no sé de Nescháyev ni de Ivánov ni de todo ese sonado suceso, más que lo que publicaron los periódicos. Pero aun suponiendo que estuviese mejor informado, nunca se me hubiera ocurrido hacer una simple glosa. Mi fantasía puede muy bien apartarse del hecho real, y mi Piotr Verjovenski no se parecerá en nada a Nescháyev; más bien creo que mi espíritu, sobrecogido por el suceso, ha concebido, mediante la fuerza de la fantasía, una persona y un tipo adecuados a esa fechoría. No deja de ser provechoso pintar un tipo así; pero no fue sólo lo que a mí me sedujo. Creo que los ejemplares de esa lamentable variedad humana no son digno objeto del arte. Con gran sorpresa mía, ese personaje se me antoja medio grotesco porque, aunque aparezca en el primer plano de la acción, no es bien mirado, sino algo secundario dentro del radio de acción de otra personalidad que, efectivamente, debe considerarse como el verdadero protagonista de la obra.

Este otro personaje de la novela (Nikolai Stavroguin) es también un personaje siniestro, un malvado. Yo lo tengo por una figura trágica, aunque muchos, al leer la obra, exclamarán: «Pero ¿qué clase de hombre es este?». Yo me he aplicado a la elaboración artística de esa personalidad porque hace mucho tiempo tenía ganas de describirla.

A mi juicio, es tan rusa como típicamente humana. Sentiría, por el público, que no

comprendiese esta figura. Y más aún sentiría oír el reproche de que está tirado de los pelos, pues yo lo he pintado con el alma. Cierto que tales caracteres se dan rara vez en tan típica perfección, pero es, no obstante, un carácter ruso (de cierta clase social). No vaya usted a formar juicio, estimado Mijail Nikifórovich, hasta haber leído la novela de cabo a rabo. Me dice el corazón que ese personaje me va a salir muy bien. No entraré ahora en detalles, pues temo no ser exacto. Sólo le diré una cosa: que todo ese personaje lo describiré mediante sus actos y no apelando a disquisiciones, lo que hace esperar que resulte una personalidad, una pieza.

Se me resistió mucho tiempo el comienzo de la novela. Me ocurrió lo que hasta aquí no me había sucedido nunca, y fue que dejé por unas semanas el principio y me puse a escribir el final. Temo también que ese primer capítulo no tenga toda la vida que hubiera podido tener... En los cinco pliegos y medio que le acompaño, apenas si había espacio para exponer el enredo; pero tanto este como la acción toda se descubrirán y ensancharán de una vez. Usted puede estar tranquilo: es evidente que mi novela tendrá interés, y creo que como ha quedado ahora, todavía hará más efecto.

Pero no todos los personajes van a ser siniestros. También habrá en el libro figuras luminosas. Me temo, en general, no estar yo a la altura de muchas cosas.

Quisiera, por ejemplo, llevar por primera vez al arte toda una serie de figuras que, hasta ahora, apenas han hallado representación literaria. Como ideal de esa clase de personajes presento yo a Tijón Sadonskii, un eremita que se ha acogido al claustro. Tendré algún rato al héroe de mi novela conversando con él, frente a frente. Me tiemblan las carnes; nunca intenté nada parecido; pero conozco bien ese mundo.

A NICOLAI NIKOLÁYEVICH STRÁJOV
Dresde, 9 de octubre de 1870

No le he escrito a usted antes porque estoy atareado con mi novela. Iba tan mal el trabajo y yo tenía que alterar lo escrito tantas veces que acabé dándome a mí mismo

palabra de no leer ni escribir, ni fijar siquiera en nada la vista hasta haber terminado lo que había emprendido. ¡Y estoy empezando! Cierto que tengo ya mucho escrito de la mitad de la novela, y aún podré aprovechar fragmentos aislados de lo que taché. Pero, al fin y al cabo, estoy en el primer capítulo. Esta es mala señal; mas yo haré todo lo posible para arreglarlo. Dicen que el tono y el estilo de una novela deben salir espontáneos. Eso es cierto; pero a veces desentonas y tienes que volver a templarte. En una palabra, que nunca nada me dio tanto que hacer como esta cosa. En los comienzos de la labor, a fines del año pasado, tenía yo ya por hecha la novela y la miraba por encima del hombro. Pero luego me entró verdadero entusiasmo, le tomé cariño a la tarea y me puse a escribir a todo trapo, tachando casi todo lo que llevaba escrito. Pero en el verano sucedió otra cosa, y fue que surgió en la novela un nuevo personaje con humos de ser nada menos que el verdadero protagonista de la obra, de suerte que el otro protagonista, el primero (figura muy interesante, pero no digno de ser llamado un héroe), hubo de ser relegado a segundo término. Me entusiasmé tanto con este nuevo héroe que también me puse en seguida a arreglar todo lo que llevaba escrito. Y ahora que he enviado ya a la redacción de El Mensajero Ruso el comienzo de la novela, me acomete de repente un nuevo temor: el de no estar a la altura del tema elegido. Y sin embargo yo no introduzco de buenas a primeras a mis personajes en la obra. De antemano les tengo asignado su papel en el programa de la novela (tengo un programa que comprende varios pliegos, donde ya está anotada toda la acción, aunque sin el diálogo ni las explicaciones). Por lo cual espero que el protagonista me salga bien y hasta resulte una figura enteramente nueva y original; espero y temo al mismo tiempo. Ya es, realmente, hora de que escriba yo, por fin, algo serio. A lo mejor se me deshace todo en el aire, cual pompa de jabón. Pero, sea como fuese, tengo que escribir; con esas reformas he perdido la mar de tiempo, y escrito, en resumidas cuentas, muy poco...

A APOLLON NIKOLÁYEVICH MAIKOV

Dresde, 9 de octubre de 1870

He echado sobre mí un trabajo superior a mis fuerzas. He empezado a escribir una gran novela (una novela de tendencia, cosa para mí totalmente inusitada); al principio creía muy fácil despacharla. Pero he tenido que variar más de diez veces mi plan, y he acabado por reconocer que el tema era de los que obligan, por lo que le he tomado tirria a la novela. La primera parte la escribí con grandes apuros y la envié. Creo que esa primera parte me ha salido muy floja y de poco efecto.

Por la lectura de esa primera parte, no podrá adivinar el lector adonde voy a parar ni cómo ha de continuar desarrollándose la acción. En El Mensajero Ruso le han hecho, desde el principio, una acogida sumamente benévola. La novela se titula Demonios (esos mismos demonios de que ya le escribí a usted) y lleva un lema sacado del Evangelio.

A SU SOBRINA SOFÍA ALEKSÁNDROVNA
IVÁNOVJMIROV

Dresde, marzo de 1871

Me encuentro en estos instantes en un apuro horrible: trabajo día y noche, y a pesar de eso adelanto muy poco, tanto, que estoy retrasado con El Mensajero Ruso. Y, sin embargo, tengo puesto en este trabajo toda mi esperanza. Me han enviado ya setecientos rublos y prometido mil más para junio. Con esos mil podré regresar a Rusia. Así que debo trabajar mucho; y, sin embargo, se lo repito, no puedo escribir una línea lejos de mi tierra.

A NIKOLAI NIKOLÁYEVICH STRÁJOV

Dresde, 18 de mayo de 1871

O echo a perder la novela (lo que sería un dolor, y ya he empezado a flaquear), o remonto el vuelo y hago algo regular. Escribo a la buena de Dios, tal es mi actual divisa.

SOBRE EL ADOLESCENTE

A SU ESPOSA, ANNA GRIGORIEVNA

Ems, 5 de julio de 1874

El aburrimiento de mi vida aquí se me hace insufrible. Aunque ya me he puesto a trabajar en la novela (¡oh dolor!, que aún estoy en el boceto, y este se me resiste), no sé cómo voy a librarme del tedio.

Anya, mi trabajo va muy lentamente y el

plan me da mucho que hacer. ¡Exceso de plan! Ese es el mayor defecto. Al repasarlo todo, he visto que he reunido allí materia para cuatro novelas. Según Strájov, ese fue siempre mi defecto. Pero ya no tengo tiempo. Aunque quizás aún pueda corregirme. Lo principal es el plan; luego, el trabajo es fácil. Anya, palomita, mi labor principal tiene que estar despachada en todo caso para el otoño...

Ems, 26 de julio de 1874

En casa trabajo asiduamente en el boceto, pero no acierto a escribir nada. Teniendo ya el plan, todo el trabajo irá como sobre ruedas. ¡Si siquiera me saliese un plan logrado! Pero ¿será así? Quisiera escribir algo extraordinario. La sola idea de que la revista Los Anales Patrios pueda tacharme algunas cosas casi me paraliza la mano; pero de esto no se puede hablar en una carta...

Ems, 7 de junio de 1875

Todavía no he empezado el trabajo. No sé cómo voy a escribir nada. De todos modos, tendré que estar aquí todavía cuatro semanas. Y ¿qué voy a hacer aquí yo solo, sin ti? Y, sobre todo, que no tengo nada pensado, ni siquiera ultimado el plan en todas sus partes. Después de cuatro (o acaso sólo tres) semanas, cuando salga de aquí, me será totalmente imposible, desde ahora lo veo, escribir nada; en Petersburgo tendré que andar de acá para allá, buscando cuarto, y apenas tendré tiempo para estar con vosotros, pues enseguida deberemos ponernos en camino. ¿Cómo voy a trabajar entonces? Siempre pensamientos tristes y dudas, siempre solo conmigo mismo... Y para colmo me honra con su visita un ataque, ¡adiós todo trabajo! ¡Oh, cómo me molesta sólo pensarlo y, sin embargo casi seguramente será así! Sin haber escrito algo de la novela, no puedo volver allá. El 22 o el 23 no tengo más remedio que empezar a poner en limpio el borrador y tener listo el plan, pues de lo contrario, no podré enviar nada a Los Anales Patrios.

Ems, 10 de junio de 1875

No creo que vaya a estar aquí mucho tiempo. Y aunque no tenga preparado nada de la novela, me volveré a casa. Es imposible

aguantar más de lo que yo aguanto. Es, literalmente, un potro de tortura, es peor que estar en una cárcel. Si siquiera pudiera trabajar, me distraería. Pero tampoco puedo, pues aún no tengo plan y tropiezo con dificultades enormes. Cuando no se tiene pensada la cosa, no se puede emprender el trabajo. Sin contar con que la tristeza le quita a uno la inspiración, y esta es lo principal. ¡Ah, si yo pudiera escribir algo! Esto me pone muy inquieto, pues aunque en Rusia también estaba solo, sabía, no obstante, que en la habitación contigua estaban los niños, y esto sólo me daba vida y fuerzas. Y, sobre todo, sabía yo que allí cerca tenía a mi Anya, que verdaderamente es mi mitad. No te enfades, ángel mío, por esta tristeza que respiran mis cartas. Si con la ayuda de Dios logro ponerme a trabajar, ya verás cómo se me va este malestar.

Ems, 13 de junio de 1875

Lo que más me moviliza es el fiasco del trabajo. Me pongo a escribir, me atormento y dudo, y no me siento con bríos para empezar. No se pueden escribir obras literarias por encargo, bajo la amenaza del látigo; para ello se requieren tiempo y libertad. Pero creo que pronto podré ponerme a trabajar seriamente, aunque no sé lo que saldrá. Con esta tristeza puede ocurrir muy bien que estropee toda la idea. Me trastorna de raíz la idea de la novela y de lo que vaya a escribir. Ya no puedo seguir alargando el asunto y, además, necesitamos dinero. ¿Qué va a ser de nosotros, este invierno? A mí ya todos me han vuelto la espalda, y yo no he de correr detrás de ellos. Hasta el diario de San Petersburgo, que había elogiado *El adolescente*, ha debido recibir luego orden de atacarlo, pues en el último número decía que el final de la segunda parte no pasaba de mediano. Ya veo que la novela está perdida; la enterrarán con todos los honores y en medio del general desprecio... Basta, el porvenir dirá, y no renuncio en modo alguno a mis energías para el futuro.

SOBRE LOS HERMANOS KARAMAZOV

A V. V. MIJAILOV

15 de marzo de 1878

Tengo pensada y pronto empezaré una

novela, en la cual, entre otras cosas, figurarán muchos niños y, para más datos, de pocos años: de siete a quince. Las observaciones de un hombre como usted serán preciosas para mí. Escribame, pues, cuanto sepa de los niños: anécdotas, costumbres, réplicas, frases, rasgos característicos, circunstancias familiares, creencias, delincuencia e inocencia, nacimiento y educación, etc., etc.; en una palabra: cuanto usted sepa.

A YURIEV

11 de junio de 1879

En cuanto a mi novela, le diré toda la verdad. La pensé y me puse a escribirla; pero aún dista mucho de estar terminada; sólo está empezada. Siempre me ocurre lo mismo; empiezo una novela larga a mediados del año y estoy ocupado en ella hasta mediados del año siguiente.

A AKSAKOV

28 de agosto de 1880

Estoy terminando los Karamazov..., y llega a su fin un trabajo que me ha llevado tres años, entre pensarlo, coordinarlo y escribirlo...

A LIUBÍMOV

(Con el envío de las últimas páginas del manuscrito.)

8 de noviembre de 1880

¡Ea! Ya terminé mi labor. He trabajado en ella tres años...

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo